

LA ESPONTANEIDAD LA REPETICIÓN

Ricardo Rodulfo

Extractos del Seminario "la espontaneidad la repetición" dictado en el Cuat. I de 1988.

Clase Nº 1 – 04/05/88

El título del Seminario es: la espontaneidad la repetición, todo junto y con minúsculas; porque la proliferación de mayúsculas en el Psicoanálisis me ha indigestado. En minúsculas, sin mayusculizar la cuestión, todo junto y sin conjunciones aparentes; esto hace al desarrollo de este Seminario; por eso abajo, puse una versión posible: 'la espontaneidad/la repetición', estableciéndose una relación de oposición; la espontaneidad opuesta a la repetición, posibilidad que taché. Otra posibilidad sería decir 'la espontaneidad y la repetición' que aparentemente suena mejor: también la taché. El por qué de esto lo iremos viendo; como una cierta indicación, valdría la pena decir que si uno lo presenta como una oposición mediante la barra, o la conjunción, corre el riesgo de defender, sin saberlo, el principio de identidad "a = a"; las barras, las conjunciones, muchas veces trabajan en beneficio del principio de identidad, que es justamente aquello que el psicoanálisis erosiona. Lo taché, entre otras cosas, porque si hay algo que caracteriza el inconsciente es embrollar todas las oposiciones que nosotros preestablecemos en una discursividad de tipo preconsciente. Para esto, basta remitirse simplemente al descubrimiento de La Interpretación de los Sueños.

Abordaremos la cuestión por un costado más concreto, más clínico; tal cuestión se puede estructurar en torno a una cierta pregunta: ¿Por qué los niños insisten siempre en repetir lo mismo? ¿Por qué en los chicos aparece esa insistencia en la repetición? Cualifico a qué me estoy refiriendo. Hay palabras que son muy universales, en el vocabulario, temprano ya, y cuando aún no se tienen las palabras se hacen con gestos: es algo así como "más", "otra vez"; son palabras que incluso, llevan a muchos conflictos con el adulto. Casi se podría decir que es un rasgo específico en la clínica con niños –y que a veces genera nuestras quejas- esta adherencia del chico a las repeticiones. Verán que por ahora no especifico mucho teóricamente, porque iremos acercándonos sin apuro.

Por ejemplo, cualquier analista que trabaje con chicos sabe en carne propia que un chico puede pasarse varios meses haciendo el mismo jueguito, desde que llega hasta que se va, la misma secuencia en algún juego o en alguna otra cosa. El analista, con el tiempo, se pone a imaginar interpretaciones, no tanto para el Inconsciente del chico sino para ver si el chico cambia de juego, para ver si con una interpretación el chico hace otra cosa; generalmente, por esta vía no tenemos mucho éxito.

También uno puede ver, apenas un bebé empieza a organizarse un poco, cómo empieza a pedir repeticiones, o a procurarse esas repeticiones activamente, en la escala en que él puede hacerlo; pensemos en esa complacencia por los juegos de aparición y desaparición, por ejemplo, o en tirar determinados objetos, o llevarse repentinamente todo a la boca; empiezan a darse patrones de repetición. El carácter conservador que Freud le atribuye a la pulsión, como una nota radical de la pulsión, se asocia a veces, por ejemplo, a la renuencia o rechazo del niño a la innovación en determinadas áreas de su vida; por ejemplo, una comida nueva, o la misma presentada de manera diferente; hay una gran insistencia en eso.

A veces oscurecemos esta insistencia porque hay algo que funciona como una especie de ideologema, como una especie de canto a la creatividad de los niños, etc., etc., creo que con cierto apresuramiento. Una cosa es hablar de potencial creativo; pero otra cosa es dar la creatividad como una cosa hecha, como –en todo caso– un punto de partida en la vida humana: no es una adquisición poco penosa, poco trabajosa. Hay cierta idealización allí que hace ver la niñez como la Edad de Oro de la creatividad que luego se arruinaría en la vida adulta; esto funciona más como un mito. En todo caso, quedaría por ver si la creatividad del chico no se ejercita en fabricar repeticiones, en ser muy creativo de repeticiones. Esto ya podría formularse en forma de una primera paradoja: la paradoja es un tipo de aserción que se lleva muy bien con el Psicoanálisis: consiste en convivir con formulaciones muy contradictorias. Lo que vimos podría decirse así: el chico demanda, pide, produce, exige la repetición espontáneamente; éste sería un primer lugar donde aparece este enlace entre repetición y espontaneidad. Cuando digo “espontáneamente”, lo digo en referencia a que no hay necesidad de que haya que hacer algo especial, de que haya una coacción del deseo del otro con respecto al chico.

Entonces, es un hecho: algo que Freud mismo observaba respecto de que la relación del chico con la novedad, con lo nuevo, a veces es diferente que la del adulto. El adulto, en cierto nivel pareciera cansarse más; después veremos que esto conlleva muchas vueltas. Pero en principio, pareciera que el adulto entra en cierto conflicto con ese “más”, con ese “otra vez” del chico; el adulto quisiera que se produjese algo novedoso, si no nuevo; el chico puede “releer” mucho más.

Un paso más en esta dirección antes de tomar otra y dejar planteada la cuestión de qué hace el chico al repetir: en un plano, aparece como repitiendo determinadas cosas, algo así como el contenido manifiesto; repite tal cosa, repite tal actividad, tal juego, tal secuencia. En otro nivel, más ‘profundamente’, podríamos decir, si hacemos un análisis más fino, podemos decir que repite la repetición; cierta cuestión laberíntica comienza a armarse allí. Hay pues dos planos diferentes; uno es ése de repetir determinadas acciones, determinadas secuencias verbales o dramatizaciones; uno es ése nivel de repetir tal cosa, tal contenido, digamos; y otro es ése en el cual lo que se repite, lo que se insiste en repetir, es la repetición misma. Ahora, ¿por qué es esto? Es bueno encarar este asunto con esa posibilidad de redescubrir algo por sorpresa; es un don de algunos analistas, entre ellos Freud, ése de sorprenderse con las cosas aparentemente más obvias: ¿Por qué esta primacía de la repetición?

Hay muchas nociones bastante enredadas al respecto y creo que es conveniente comenzar haciendo un cierto despeje. Por un lado –no para dar respuesta inmediata a este por qué, sino para ir encaminando la pregunta–, hay que hacer cierto deslinde: en una dirección, hacia el chico, hacia cuestiones dirigidas al chico mismo, o sea, al estatuto subjetivo del pequeño ser; en otro lugar, el problema conceptual que se anuda en torno a la cuestión de la repetición, como un primer esclarecimiento de algunas cosas.

Plantearemos algunos puntos en relación con las direcciones; en relación con el chico, podemos hacer una cierta recapitulación: ¿cuáles son las condiciones iniciales de este chico, cuáles son las condiciones en las que se inaugura su existencia? Después de varias décadas de trabajos psicoanalíticos hay muchas convergencias de las corrientes teóricas sobre estos puntos. Por ejemplo, ya se ha enfatizado, como cuestión de hecho, ese desamparo en el que nace la cría humana, desamparo sobre todo, en relación con lo biológico, en cuanto a ese estado de incompletud, de inmadurez en el que el niño viene al mundo, y sin una dotación instintiva rígida que haga las cosas por él. Esto ha sido ya suficientemente marcado y no hago con esto más que recordarlo; nosotros mismos lo retomamos. Esta situación de desamparo, de prematuración, de no integración, de que no se pueda hablar allí de un aparato psíquico constituido, o de una posibilidad de simbolización ya constituida donde está todo por hacer, da lugar a la intervención de

todo el peso de lo que llamamos ya abreviadamente el Otro, no el otro como par sino el Otro como instancia primordial, maternal paterna, o el Otro en tanto la legalidad mítica cultural, el archivo cultural en el que el chico viene a insertarse: la incompletud da pie al peso que tiene toda esa masa, todo ese tejido de mitos y símbolos.

En Psicoanálisis hablamos de funciones; ustedes ya deben haber visto en otras partes, yo lo estoy recordando; pensamos, no en cualquier tipo de intervención, o función materna, o paterna, sino en una calidad de intervenciones necesarias para la constitución subjetiva que aparece encarnada en los personajes materno, paterno, en series o grupos de personajes. Allí hay ya una primera cautela que establecer: si uno dice que partiendo de la situación de desamparo hay ciertas funciones u operaciones necesarias para el establecimiento de una subjetividad, esto no quiere decir que las funciones hacen esa constitución subjetiva y que, como no está constituido el sujeto, a éste lo constituyen las funciones. Allí hay un deslizamiento que es fácil de hacer; sujeto no constituido → función materna o paterna que lo constituye.

La forma más vulgar de formular esto es el ambientalismo; una forma de ambientalismo, sólo que mucho más sofisticada, con muchos chiches teóricos, y disfraces estructurales. Pero es un ambientalismo que saltea un hecho importante: la intervención, la función paterna y materna, por sí misma, no puede hacer nada; es una condición necesaria pero no condición suficiente; apoyado en ellas, en todo caso, es el chico el que debe constituirse. Hay algo así como una "autoconstitución" apoyada en la función, no es que simplemente se constituya pasivamente con respecto a la función del otro; la palabra "pasivo" –y Bettelheim lo recuerda- debe desterrarse cuando se piensa, por ejemplo, en un niño muy pequeño.

Freud dice algo muy importante que es una de las cosas que me gustaría retomar aquí: en Más Allá del Principio de Placer, cuando Freud se refiere a los caminos que toma la pulsión de vida tanto como la pulsión de muerte, él dice que el organismo, en definitiva, aspira al retorno a la muerte, al retorno al estado anterior, pero no por cualquier vía, sino a su manera; éste es un punto que generalmente pasa desapercibido en la lectura del texto que se hace. El punto no es tanto seguir el derrotero de la pulsión de vida o de la pulsión de muerte; en realidad se trata de estas dos cosas simultáneamente, más que de una u otra, pero a su manera. No dice cuál es esta manera, justamente porque no puede decirse a priori cuál es; no se trata tampoco que esta manera ya esté hecha, esté inscripta en algún dispositivo genético o de algún otro tipo; es una manera que se historiza, que se va haciendo, no es una esencia que se trae. Por otro lado, al organismo Freud lo define así: ¿Qué es un organismo? Es algo que quiere morir y vivir pero a su manera; esto implica una cierta prudencia en no concebir al chico como hecho por las funciones materna y paterna, como víctima, presa, como puro objeto del deseo del Otro.

Dicho de otra forma: si hay –como se ha dicho- falta de ser como la característica de las condiciones en que se nace, esa falta de ser no implica falta de hacer: el chico debe hacer una serie de cosas para constituirse; claro que no las podría hacer si no hubiera funciones en las cuales pudiera apuntalarse de una manera u otra, no las podría hacer en un proceso solista; pero lo tiene que hacer él.

Es la misma situación que se encuentra en un Psicoanálisis: un psicoanalista ofrece un lugar para que un chico pueda desplegar cosas que le ocurren; es importante que el analista pueda abrir, ofrecer este lugar, que pasa por algo más que el ofrecimiento formal de un consultorio, de un espacio y de un tiempo, o de afinar una especie de procedimiento técnico; se trata de una posición subjetiva del analista, que es otra cosa, no tan fácil de planificar, por cierto. Pero la decisión de ocupar ese lugar y de usarlo, el

analista no la puede hacer por el chico, por muy pequeño o enfermo que sea ese chico, aunque sólo queden restos o muñones en él de un sujeto.

Entonces, el chico tiene cosas para hacer; en este libro nuestro, hay un capítulo que yo había escrito referente a en qué trabajos anda un chico, en qué anda un chico, pensando en trabajo simbólico, trabajo para constituirse; por ejemplo, el Edipo, el Narcisismo, la constitución de las identificaciones, la separación yo-no yo como trabajos.

¿Cuál aparece, por lo menos en un sentido metapsicológico, como primer trabajo? Dadas esas condiciones iniciales, el chico se tiene que poner a hacer; ¿qué es lo primero que se pone a hacer? Vamos a apuntalarnos un poco en Más Allá del Principio de Placer: lo que aparece conceptualizado allí es que lo primero que se tiene que poner a hacer este protosujeto es ligar, poner banda, inscribir, anudar, enlazar; son todos términos que rodean, un poco en castellano, el concepto que utiliza allí Freud, de los cuales el término más flojo y menos fuerte es 'asociar'. ¿Qué es lo que el chico tiene que ponerse a ligar? Ligar es algo así como ir estructurando una cierta energía, por ejemplo, una energía pulsional que aparece inestructurada; pero lo interesante es que esa energía es como una 'X' que no sabemos lo que es; no es algo que se sepa lo que es y después se diga, sino que la única forma de darle una fisonomía es ligarla, actuarla en conjunto; decía Freud que no se podía llegar a la pulsión en sí sino solamente a sus representantes y los puntos en los cuales estaría anclada o enlazada.

¿Cómo es que un chico liga, y hace éste su primer trabajo? Liga por la repetición; la forma en que liga, en que se hace cuerpo es por medio de la repetición. Pongamos un ejemplo sencillo: uno piensa que el chico tiene boca; es muy fácil suponerlo, pero el chico tiene que hacer su boca en un sentido libidinal, simbólico, en el sentido que el Psicoanálisis trabaja, ligando por medio de repeticiones, por una serie de -introduzco un término y quedo en deuda con ustedes- pictogramas; desarrollaré este término más tarde. Entonces, el niño liga su boca, liga algo como boca en él, como boca y como boca de la pulsión oral, como boca de deseo, como boca deseante, y no sólo como boca por la cual se cumplimenten necesidades biológicas. Liga por medio de una serie de inscripciones donde va anudando una serie de experiencias de succión, de succión del pecho, de esa multiplicidad de objetos que van a parar a su boca. Uno dudaría de que en principio fueran a parar a la boca, o si no fue justamente toda esa repetición, esa forma de ir ligando una y otra vez objetos allí, lo que va formando finalmente una boca. Otro tanto podría decirse de la mano o de cualquier otra parte del chico que uno vaya especificando como zona erógena, como zona narcisizada, con investimento libidinal.

Entonces, la única forma de que dispone el chico, en primera instancia, para irse haciendo antes que nada su propia corporeidad, que es el primer problema, es por medio de ese trabajo que liga, de enlace; cuando eso queda desmantelado, como puede ocurrir en un proceso autista, el circuito queda interrumpido, nada pasa por la boca, no hay boca o hay apenas unos restos, unos escombros en ella. Esta forma de ligar, esta forma de repetición se trata de algo así como de armar, de fabricar un aparato psíquico, este aspecto va entrando en juego en cualquier producción del chico: por ejemplo, cuando el chico pide que le cuenten cuentos, y luego empieza él a tratar de reproducirlos a su manera, o insiste en que le cuenten el mismo cuento o la misma canción, por un lado parece que eso liga, inscribe una serie de representaciones que tendrán que ver con ese cuento. Allí queda algo ligado, enlazado, asociado. Pero lo más importante se juega en que el niño aprende a contar un cuento, liga la forma de contar un cuento, arma un aparato para contar un cuento, un aparato de repetir. Ése es el aspecto más importante que en cada una de estas dimensiones de la repetición está en juego; cuando chupa repetitivamente el pecho, arma un aparato de chupar, que llamamos 'boca', boca oral; o arma su aparato de mirar, etc. Para armar todo esto, sólo dispone de la repetición, es el único recurso que tiene allí a mano.

En Psicoanálisis tenemos –y esto no por un error o un descuido, sino como algo constitutivo del campo mismo y de los problemas con los que nos tenemos que medir– que la repetición se sitúa en un lugar ambiguo: uno podría hablar de las ambigüedades o de las duplicidades inherentes al concepto de repetición ya incluso tomándolo en su lugar de nacimiento conceptual, viéndolo desde ese ángulo; por una parte, el lugar de la repetición como concepto en la teoría analítica fue creciendo. Hay dos momentos que pueden ilustrar bien esto: en 1900, Freud coloca en *La Interpretación de los Sueños*, como principio organizador y centro de la vida psíquica el deseo inconsciente; internamente a ese centro se organiza toda la Metapsicología; la repetición aparece allí muy al pasar, o bien como adjetivo de algo, antes de tener un lugar propio, aunque ya está en juego, por ejemplo, en temáticas como la de la identidad de percepción. Pero en todo caso, podríamos decir que aparece ligado a cierto deseo de repetición, deseo que tiene la primacía.

No voy a hacer una trayectoria del concepto ahora, pero les cuento que la repetición va ganando espacio; por ejemplo, en un trabajo llamado *Recuerdo, Repetición y Elaboración*, donde toma un lugar propio. Y en 1920, en *Más Allá del Principio de Placer*, se produce un corrimiento, un cambio de la centración: el eje en torno al cual, en este texto, Freud hace girar toda la cuestión del aparato psíquico y de la constitución misma del psiquismo, ya no es el deseo sino la repetición: no porque la repetición aparezca contra el deseo, no con una relación de oposición, sino más bien con una relación de precedencia y de inclusión. La repetición aparece como la actividad primordial, como algo que incluso precede a la constitución misma del Principio de Placer. Vuelvo a decir, no ‘contra’, sino autónoma; lo repetitivo aparece como lo más pulsivo de la pulsión.

A partir de allí, se acentúa la ambigüedad del concepto de repetición, lo cual lo hace muy apartado de un autor como el que ustedes evocaban; por un lado la repetición aparece como principio de realización, como principio de trabajo psíquico, de inscripción psíquica, como principio de ligar, enlazado entonces a lo erótico mismo, a la construcción subjetiva; aparece como un eje decisivo ligada al principio básico que sería el Principio de Placer. Por otro lado, simultáneamente, la repetición aparece como lo demoníaco, como lo más destructivo, como aquello más ligado a lo tanático, como desmantelamiento de lo conseguido; justamente, ya no ligazón sino desligazón.

Evoco ahora muy brevemente el caso de una adolescente con una problemática muy complicada, que entre otras cosas incluía la drogadicción y con mucho daño en sus posibilidades de pensar. En cierta época se establece una transferencia al análisis, no sólo una transferencia al analista sino al lugar del análisis, como algo que hace esbozar en ella ciertas posibilidades de pensar en lugar de actuar y de que ciertas cosas puedan empezar a aparecer llevadas a sesión en vez de ser vehiculizadas, por ejemplo, por la marihuana, u otro tipo de actividades compulsivas. Empieza a haber cierto trabajo de enlace. Ocurre allí el hecho de las vacaciones, que interrumpen el tratamiento. Aquí el efecto es devastador: esta interrupción es aprovechada por lo repetitivo más tanático en ella, donde además, la cuestión de una figura masculina que no respondiera en ese momento era bastante decisiva. Cuando vuelve de las vacaciones, nada había quedado de esos enlaces que ella había podido empezar a establecer, que habían dado la esperanza de que pudiese vehicular cuestiones subjetivas por otro circuito; había habido un trabajo de desmantelamiento.

Esta es una ‘flotación’ ambigua de la repetición que plantea algunos problemas y que es bueno no enmascarar cambiando la palabra; uno podría pensar por qué no nombrar una cosa de una manera y otra cosa de la otra; pero justamente con esto zafaríamos de lo paradójico, lo eludiríamos, disimulando la cuestión ambigua que allí se

arma. Hay muchas otras ambigüedades que conciernen a este capítulo de la repetición; incluso, digamos, y no por juego de palabras, que uno puede llegar a pensar si es el sujeto el que arma la repetición o es la repetición la que arma el sujeto, si la repetición es una actividad del sujeto o si éste es un producto de la actividad de la repetición. Resolver esta cuestión por uno u otro lado es como la cuestión del huevo o la gallina. Hay que tomar ambas cuestiones juntas; en todo caso, sabemos que donde haya repetición, hay por lo menos restos de sujeto, para referirnos por ejemplo, al tipo de repetición estereotipada de tipo autista; donde hay repetición hay sujeto, o por lo menos, restos de él.

Otra forma en la que aparece esta duplicidad, esta ambigüedad es la siguiente: por una parte la repetición aparece en el aspecto que Freud señalaba como más tanático, demoníaco y destructivo; aparece como aquello que no tiene sentido, que viene a dismantelar todo sentido, como irrupción del sinsentido. Freud se refiere a esas repeticiones que irrumpen en la vida de un sujeto sin encadenamiento asociativo; o sea, algo no enlazable a cierto efecto de sentido, algo que viene a ponerle un límite a la puesta de sentido, viene a abrir un abismo al sentido. Es un repetir 'porque sí' que en ciertos materiales aparece con una fuerza impresionante. A la vez, y en otro registro, la repetición aparece como una búsqueda de sentido, como una dadora de sentido; incluso, por ejemplo, como se puede ver a través de lo traumático, la repetición busca ligar eso a un sentido; ese efecto de encadenamiento, de ligazón, que se va dando con la repetición, aparece como una forma de volver algo inteligible. Ciertas insistencias del chico a través de preguntas o a través de una insistencia temática hacen que se vaya acercando a algo; por ejemplo, incluso a través de una serie de dibujos que insisten en ir circunscribiendo repetitivamente temáticas a través de elementos recurrentes; más tarde desarrollaremos estas cosas, no hoy..., no hay traspase aquí. Entonces, la repetición aparece aquí como un esfuerzo ligado a la puesta de sentido; esto que da la posibilidad de chupar este objeto que ligo a mi boca es lo que da sentido a mi boca; en esta oscilación perpetua vemos a la repetición.

Hay otro problema que torna resbaladizo el estatuto de la repetición y es que hay un cierto recambio conceptual en el concepto; por un lado hay dos posibilidades: una clásica y una más contemporánea. La clásica sería considerar la repetición como repetición de algo original y ajeno a ella; la repetición de algo que no tendría que ver con esa repetición, algo así como un tema que se repetiría, algo ajeno al principio de la repetición, que es tomado por ella pero que originariamente no tenía que ver con ella. En esta forma de pensarlo, la repetición tiene un estatuto segundo con respecto a algo originario. Según la segunda forma de pensarlo, la repetición es lo originario, no hay nada más que repetición, repetición de repetición que va produciendo diferencias. Esta oscilación conceptual también va introduciendo dificultades en el establecimiento del concepto.

Otro tipo de ambigüedad conciernen a que cuando hablamos de repetición involucramos: repeticiones que tienen que ver con la fantasmática de un sujeto dado, vamos a decir con lo intrapsíquico; repeticiones que en cambio son transindividuales, que involucran una cadena generacional, que se repite de generación en generación. Incluso, desde Freud, uno podría hablar del registro en que se arraiga la repetición. Todo esto va dando una multiplicidad y una ambigüedad de registros en los cuales pensarlo.

Para terminar por hoy, me quiero referir a algunos principios del funcionamiento de la repetición, principios a los que nos acercaremos de forma un poco 'casera', para volverlos más trabajables clínicamente y que luego iremos formulando más precisamente:

- a) Uno es –y aquí encontramos de nuevo la cuestión de la espontaneidad- que la repetición se repite en cualquier parte: la repetición aparece como aquello que se va para cualquier parte, sabemos que la hay pero no dónde, cuándo y cómo aparece. Incluso éste es un criterio mínimo exigible psicoanalíticamente para poder hablar de repetición: no podemos hablar de ella si se trata de una planificación deliberada de lo repetitivo; no es en ese registro que nos interesan las cosas. La repetición aparece ligada a lo imprevisible, no sabemos por dónde salta; éste es uno de los puntos que más tiene que ver con lo benéfico y lo maléfico de ella, la repetición como esperanza y repetición como aquello que viene a arruinar toda esperanza. Hay quien tiene la esperanza de que, analizándose mucho, podrá vigilar, garantizar la repetición. Pero la repetición no viene garantizada. Dicho de otro modo, le exigimos al concepto lo que tiene que ver con lo inconsciente: que sea espontáneo; la repetición se produce espontáneamente. Y allí encontramos una segunda paradoja; cuando más buscamos la esencia de la repetición, incluso aquello que recibe el nombre de "automatismo", "automatismo de repetición", como aquello que parece un desencadenamiento rígido, más encontramos, en una vuelta laberíntica, la espontaneidad.
- b) Por otro lado, la repetición se repite al azar, por eso mismo, un psicoanalista argentino, Carlos Bruck, hablaba de la dimensión del destino y la del azar; él decía que la dimensión del destino es la más trabajada teóricamente; sería la forma inconsciente en que el destino viene a ser encarado en sus repeticiones. Él también hablaba de la cuestión del azar y de cómo, a través de la repetición, se transforma el azar en destino. Veremos el papel de ciertos efectos de encuentro, un encuentro azaroso en sí, pero que desencadena la repetición.
- c) Por otra parte, la repetición aparece como un régimen de fabricación de lo nuevo; ésta es otra forma de aproximación paradójica a ella: ¿En qué forma se accede a lo nuevo? Mediante la repetición; al repetirse algo se desvía, se desplaza en sentido psicoanalítico permanentemente. Esto es posible de verse, por ejemplo, en una serie de dibujos que hace un chico: se van produciendo una serie de desviaciones, de diferenciaciones, que de pronto van haciendo emerger algo como nuevo. Pero lo nuevo aparece tramado en un régimen de repetición; a veces perdemos esa paradoja y tenemos la idea de pensar la repetición como repetición de lo viejo, lo irremediablemente viejo, de ver el costado reiterativo del asunto. Es más endiablada la cuestión, porque la repetición aparece como aquello ligado a la fabricación de algo nuevo, como forma de producción de lo nuevo.
- d) La repetición se define, por otro lado, no teleológicamente sino retroactivamente: es peligroso darle un estatuto teleológico. 'Hace esto para', 'repite para'; el abordaje de la repetición es retroactivo. Ocurre a veces, cuando un paciente produce un determinado hecho (un paciente niño, adolescente o adulto), que no es en ese momento que podemos calibrar si hay un efecto de repetición, de repetición con diferencia incluso, sino que es retroactivamente, según lo que luego suceda, que se va a especificar algo como repetición.
- e) Y por último, otro punto importante es que el automatismo de repetición – término fuerte, porque el 'automatismo' implica ese elemento incontrolable-, tiene un resultado imprevisible. Es imprevisto: dicho de otra forma, podría decirse que es espontáneo. O sea, no es que los

resultados de la repetición los sabemos por la repetición anterior necesariamente; a veces se siguen patrones fijos, pero simultáneamente vemos perfilarse otra dirección donde el resultado de la repetición es desembocar en lo imprevisto.

He situado estas aproximaciones como para ir mojonando, como si fueran banderines, un concepto muy difícil con el que intentaremos marchar: cómo puede pensarse la fabricación del aparato psíquico a través de este principio de repetición y de esta constante ambigüedad de la misma: ambigüedad entre algo que fabrica el aparato y algo que lo arruina, lo mina y lo erosiona por dentro.

Clase Nº 2 – 11/05/88

Trataremos de retomar el tema y de avanzar un poco más; la clase pasada situamos la repetición involucrándola en un conflicto originario; o sea que estuvimos viendo dos facetas en las que se movía la repetición.

Por un lado, la repetición aparecía, no en el contexto patológico en que muchas veces se la encajona, sino como una máquina de ir produciendo diferencias: en cada repetición, algo distinto puede ser trazado. Por otro lado, encontrábamos involucrada la repetición en algo que anulaba, que barría, que aplastaba la diferencia; era lo que marcamos como la dimensión más tanática de la repetición, remitiéndonos a las conceptualizaciones sobre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Vimos también que la repetición se sitúa como una función originaria en un doble sentido: originaria no sólo porque a partir de ella se vaya armando un aparato psíquico, sino también porque aparece como precediendo el primado del deseo y del Principio de Placer. Y lo relacionamos, además, con cierta función de liga que, como vimos, es esencial para la constitución subjetiva. En tanto nacemos en un estado en el que todo está deligado.

Entonces, podría decirse que antes de desear, o incluso antes de desear repetir, el chico necesita ligar a través de múltiples repeticiones. Es más: localizamos al respecto, en el chico, una cierta demanda de repetición; algo así como “lo que sea, pero que se repita”. Se ha dicho, y puede uno acordar, que toda demanda es demanda de amor; pero hay un matiz más que añadir: en todo caso, de un amor que se repita, de que esa donación de amor se repita: algo muy esencial se trama allí. Incluso, después de todo, si pensamos un poco, empezamos a reconocer que un chico muy pequeño, un lactante, ya empezó cierta actividad de juego –que será esencial para nosotros- cuando observamos que ya repite ciertos actos, ciertas acciones.

Yo pensaba que es una lástima que teniendo el modelo de Facultad que pensaba Freud para el psicoanálisis, no se incluya en ella cierta formación musical, porque la música ofrece un lugar privilegiado para estudiar la repetición.

La repetición se da como organizador, como productor de diferencias; no puedo darles esto como bibliografía, porque no puedo suponer una formación musical, pero si alguien tiene cierta idea de lo que es la variación como principio básico en música, allí encontrará muchas cosas en torno a repetición y diferencia. Es más: se podría dar como ejercicio bibliográfico una obra muy conocida, como es el Primer Movimiento de la Quinta Sinfonía de Beethoven; éste es un ejemplo privilegiado porque se trata de un movimiento entero –varios minutos de música- sobre la base de cuatro notas; enteramente todo reposa en repetición y diferencia de ese motivo y en una búsqueda que emprende allí la repetición para dar resolución a la tensión que se plantea inicialmente en esa música, resolución que se encuentra cerca del final de la obra. Pero ésta es una bibliografía, digamos, muy optativa.

Tenía cierta duda al respecto de la bibliografía del Seminario; ya les había dicho que les iba a servir el libro nuestro, de Clínica Psicoanalítica, así como también les servirían otras cosas que ya son bibliografía de la materia, especialmente textos de Piera Aulagnier, que ustedes trabajarán en prácticos. Pero además, les sugiero como bibliografía un pequeño seminario que dicté aquí en 1985, Jugar y Constitución Subjetiva, en el mismo dictado de la materia; está impreso y se lo puede encontrar. Avisaré en Tekné, que es el lugar donde sé que está, de qué clases se trata, para que puedan conseguirlas allí. Por otra parte, también puedo remitir, para la cuestión relacionada con el deseo, al seminario que di el año pasado sobre Fobias, que también está en el Centro de Estudiantes y en Tekné. Lo que me propongo hacer es ir dándole una vuelta metapsicológica a cosas que estuvimos trabajando estos años sobre: la función del jugar, la función materna, los tiempos del narcisismo, la constitución del propio cuerpo; se trata de añadir a estos temas que acabo de decir, este Seminario, junto con el trabajo que ustedes hagan con el resto de la materia.

Siguiendo adelante, hasta ahora no hicimos más que dos o tres remisiones muy breves en cuanto a la espontaneidad; la localizamos, tropezamos con ella, estudiando la repetición, cuando dijimos que lo más espontáneo que aparece es la repetición. Tenemos que precisar un poco cuál es la genealogía de este concepto en Psicoanálisis, aunque sea en una forma introductoria, sumaria, porque es un concepto que a veces queda oscurecido porque no es asumido; especialmente en una versión mecanicista o computarizada del psicoanálisis o del sujeto.

La palabra espontaneidad, en rigor, aparece muchas veces en Freud como cualidad, como adjetivo, como cualificación de un cierto emergente: por ejemplo, cuando él se refiere a las ocurrencias espontáneas, dicho de otra forma, en relación con la llamada "asociación libre", o sea a lo que ocurre cuando algo no se toma en cuenta y puede burlar la censura de la resistencia. Por otro lado, aparece en ese contexto ligada con cierto efecto de imprevisibilidad: algo que retorna con un carácter sorpresivo; en este contexto es como aparece el sentido de la palabra "espontaneidad" en Freud: por ejemplo, un acto sintomático, un acto fallido tiene un carácter de sorpresa, de cosa no preparada, no planeada.

También aparece cuando Freud se refiere al curso del análisis, por ejemplo: el curso del análisis es algo que no puede preverse, que no puede planificarse. Y vuelve a aparecer con más fuerza, pero en otra expresión, en eso que localizábamos la vez pasada: el sujeto repite, sí, pero se trata de repetir "a su manera", sin que eso quede muy bien especificado. Fíjense que el término "espontaneidad", entonces, empieza a jugar en un doble registro, como algo que surge cuando desaparecen los reparos preconscientes, por ejemplo, en la consigna de ocurrencias espontáneas, en la asociación libre, y cuando, por otro lado, el sujeto no está gravemente condicionado por el deseo del Otro, o sea, buscando antes que nada una adaptación al deseo del Otro.

También aparece de otra forma, implícitamente, el concepto de espontaneidad, cuando Freud describe las series complementarias: ustedes recordarán que se habla de tres vectores allí, de tres series; pero considerándolo atentamente, ocurre allí como con los Tres Mosqueteros, que son cuatro; son tres pero son cuatro, porque esas tres cosas solas no bastan, hay un cuarto elemento que es el sujeto, que finalmente es aquello que se perfila, la forma particular de organizar el recorrido y el efecto de encuentro de estas tres series; no son tres series como para poner en marcha una heladera o un aparato de televisión, como afuera del sujeto.

Más avanzada la teoría psicoanalítica, el término "espontaneidad" aparece ya en una precisión mayor, sobre todo en dos autores: Bettelheim y Winnicott: aparece allí ya

más como algo que es inherente al momento del deseo, algo inherente al despliegue de la subjetividad, como índice o como característica propia de la emergencia subjetiva. Incluso aparece de esta forma, pero con otro nombre, en Piera Aulagnier, cuando ella diferencia lo que es "reacción" de lo que es "respuesta". Ella precisa que un sujeto, por más pequeño que sea, no se dirige a reaccionar; el Psicoanálisis no se puede explicar con un esquema de acción-reacción, con un modelo de estímulo-respuesta: "a tal acción, tal reacción". Sea cual fuere el estímulo, la acción del medio, hay siempre una gama potencial de respuestas, y no sabemos cuál de ellas el sujeto desarrollará. Hablar de respuesta da allí otro perfil a la actividad propia del sujeto, aunque se trate de un bebé, éste no se limita a reaccionar.

Por eso mismo, nunca se puede simplificar la causalidad del Psicoanálisis, nunca se puede decir que si se hace tal y tal cosa, se produce tal y tal cosa, ésa y sólo ésa; sino que hay siempre un abanico de respuestas posibles. Por eso, de muchos factores de las funciones paternas se dice que son condición necesaria para la emergencia de una psicosis; pero no son condición suficiente: el sujeto puede desarrollar una respuesta que no sea la respuesta psicótica. Este es un enfoque, un costado para entrar en el tema de la espontaneidad que es el costado teórico, y que no debe confundirse con la cuestión de la determinación: una cosa es que haya una espontaneidad determinada, que la espontaneidad esté determinada, incluso determinada por la repetición, porque la espontaneidad se dedica, al parecer, a producir repeticiones.

Otra cosa muy distinta es que esa determinación sea concebida de manera mecánica; esa confusión suele ocurrir. En realidad, el mismo Freud hizo un tránsito al respecto: Freud empieza su carrera "científica", digamos, así, con un esquema de determinación mecanicista; termina en el otro extremo, llegando –sobre todo a partir de la introducción de conceptos como el de ello, de pulsión de muerte, si bien hay ya formulaciones más tempranas– a una posición más ligada a lo que podríamos llamar "indeterminismo". Pero no se trata de indeterminismo en el sentido de ausencia de determinismo, sino en el sentido que tiene la Física, es decir, un determinismo muy complejo, con ombligo, un determinismo que hace que se diferencie, en definitiva, la subjetividad de una robótica, sino, producir sujetos sería como producir algo en serie.

Un proceso similar al de Freud se puede seguir en un autor como Lacan; Lacan empieza poniendo mucho el acento en la primacía de lo que él llama "lo simbólico", respecto de cierta combinatoria, por ejemplo, del lenguaje, o de los lenguajes, que como tal podría programar algo como si fuese una computadora, si uno caricaturizara este tipo de determinación. En una inflexión posterior, que cubre la última parte de su obra, el acento se desplaza sobre lo que llama "lo real", que justamente es aquello que resiste a la estructuración y que es el término que, en su utilización, se acerca o converge más con este concepto de espontaneidad: aquello que de pronto trae lo imprevisto, lo que patea el tablero y lo que, por otra parte, no puede fácilmente formalizarse.

Además, en este sentido, es importante tener en cuenta lo que Freud llama "automatismo de repetición", el punto es que éste no está, a su vez, automatizado, no es la programación de una computadora; si fuera una programación, sería una computadora programada por nadie, y programada además de un modo de lo más conflictivo y heteróclito. Este es un punto importante, porque el automatismo de repetición se desencadena de una forma incondicionada, o sea que no está a su vez automatizado. Éste sería el costado teórico, más intertextual del asunto; el otro costado es el costado clínico. Yo mencioné que los autores que más habían avanzado respecto del concepto eran Bettelheim y Winnicott. Eso no es una casualidad: son dos autores ligados a lo que se ha llamado la "ampliación del Psicoanálisis", o sea, la extensión del Psicoanálisis más allá de las neurosis, hacia territorios ligados, bien a la psicosis, bien a trastornos narcisistas de cierta gravedad.

Entonces ¿qué ocurre? Clínicamente con chicos es un observable claro, cuanto mayor es la patología con la que un chico está comprometido, mayor es la obstrucción, el bloqueo o la deformación de esa posibilidad de respuesta espontánea imprevisible. En lo más patológico que pueda exhibir un chico, la cuestión es que de pronto el sujeto quede reducido a un puñado de estereotipos. O sea que los autores que, justamente, tienen una experiencia clínica ligada a patologías más graves, más de frontera del Psicoanálisis, son también los autores que más tuvieron ocasión de apreciar, mucho mejor que en el terreno neurótico, estas funciones, esta capacidad de respuesta espontánea imprevisible que define, finalmente, a un sujeto y gracias a lo cual también hay Psicoanálisis.

¿Por qué en psicoanálisis no podemos valernos de una tablita de símbolos fijos? ¿Por qué no podemos tener un código, un manual de interpretación? Sí, hay determinación, pero no es la determinación de una máquina o de una computadora, sino que es un tipo de determinación más complejo, una espontaneidad determinada o, dicho de otra forma, una repetición incondicionada.

Dejo esto abierto y doy un paso en otra dirección para ir entrando en el terreno específicamente más clínico. Tenemos que pensar, en lo que hace a la constitución subjetiva, en algo así como los trabajos de la repetición; dijimos la vez pasada que el chico tenía que hacerse sujeto mediante ciertos trabajos simbólicos, trabajos que se apoyan en la repetición. En este Seminario vamos a centrarnos en aquellos puntos más tempranos, los más problemáticos, los más difíciles de abordar, porque después sirven de gran ayuda para volcarse a territorios menos desconocidos, menos ásperos. Si uno empieza a caracterizar las cosas desde este punto de vista, que implica preguntarse: ¿en qué trabajo anda un chico? ¿qué trabajo es constituirse como sujeto? ¿qué trabajos de la repetición esto implica?, la forma más concreta de plantearlo es la siguiente: el primer trabajo en el que aparece involucrada la repetición, el trabajo más básico, es que el que nace tiene que irse a vivir a su propio cuerpo, propio cuerpo en el sentido de eso que anatómicamente, allí, aparece como su cuerpo; en este sentido el propio cuerpo aparece como una especie de heredero del vientre materno. Esto, para cualquiera que no sea psicoanalista puede parecer abstruso, porque aparentemente el cuerpo estaba allí dado; pero la asunción subjetiva de ese cuerpo, simbolizarlo como un lugar para vivir en él, es algo muy diferente y que no le viene dado al chico, ni se le regala; aunque hay que ayudarlo para eso, desde las funciones materna, paterna, etc.

Este irse a vivir al propio cuerpo, no es una manera de decir, ni un hacer gala de cierta filosofía o pseudo filosofía. No es una abstracción, sino que es algo que tiene referentes clínicos muy concretos, implica mucho sufrimiento humano, pero por eso mismo hay que decir gracias a lo que se ha podido ir viendo, por ejemplo, sobre autismo, o incluso sobre otras formas tempranas, que involucran, ya no el autismo, sino la psicosis infantil. Sabemos que en casos graves el chico no vive en su cuerpo; es un gran problema localizar dónde está, pero efectivamente no está en su cuerpo, subjetivamente hablando.

Si esto, ahora, les parece por alguna razón incomprensible, lo iremos especificando muy concretamente, porque me interesa que esto se entienda bien. Lo iremos trabajando, por un lado, sobre la base que nos proporcionan las situaciones límite tan particulares de lo humano, como es el fenómeno del autismo, el cual, justamente por ser tan "raro", puede de contragolpe iluminar cómo son las cosas en un proceso más sano, más corriente. Estoy siguiendo el principio freudiano de que lo patológico magnifica ciertas cosas que en casos más corrientes no se pueden ver porque funcionan bien: se ven cuando funcionan mal. El hecho de que no está dado inmediatamente vivir en su cuerpo, para un chico, no se ve cuando el chico está bien, sino cuando en un chico

las cosas andan muy mal. Concretamente, puede ejemplificarse con el caso de un chico que tomaremos hoy para apoyarnos. Puede parecer un chico ciego y sordo sin serlo, puede actuar como manco o directamente tullido, como sin brazos y sin piernas, en el sentido de no poder hacer uso de nada de eso; esto tiene, entonces, un anclaje clínico muy concreto.

Otra forma de decir esto sería hablar de que el chico tiene que alcanzar cierto grado de unificación; que el niño parte de un estado de no integración, de dispersión, y que entonces debe arreglárselas para conseguir cierto grado de unificación; unificación y no unidad. La unidad es imposible; desde el momento en que uno habla de Inconsciente-Preconsciente, la unidad armoniosa, monádica, etc., etc., no existe a nivel humano. Unificación es justamente una forma de convivir con esa dispersión originaria y con todas las operaciones que suscita. Este es un punto importante, porque en definitiva, el trabajo más importante para un chico pequeño, infans, un niño en su primer año de vida, es conseguir su unificación.

Nosotros ponemos mucho énfasis sobre la división del sujeto: el sujeto dividido, el sujeto escindido. Estos son temas que ya habrán visto y que son básicos en psicoanálisis, pero que a veces han recibido cierto uso un tanto distorsionado. Por ejemplo, se ha hecho cierto culto de la cuestión de la división, de la escisión subjetiva, ideologizando la cuestión; a veces pienso si no es un poco una cuestión "snob", algo así como que es una paquetería estar dividido, entonces se dice "soy un sujeto dividido". Esto no tendría que hacernos olvidar: primero, que hay una gran diferencia entre decir "sujeto dividido" y "sujeto disociado", "sujeto despedazado" y "sujeto destruido", hay una enorme diferencia porque cuando hablamos de "sujeto dividido" no decimos estas otras cosas que implican lo más patológico. O sea que las divisiones subjetivas que trazan surcos en la subjetividad, son divisiones que en última instancia están al servicio de cierto proceso de unificación; hay una paradoja allí: las divisiones se ponen al servicio de la unificación. Pensemos por ejemplo en el papel que le da Freud a la represión originaria, que traza como una barra gruesa entre Inconsciente y Preconsciente; pero resulta que, si la represión originaria fracasa, lo que tenemos como resultado es un sujeto en peligro constante de desintegración; o sea que la función de la represión originaria es una función que se pone al servicio de la unificación narcisista.

Freud dice esto con todas las letras, por ejemplo, cuando habla en general de la represión: la represión está al servicio del narcisismo incluso en el plano edípico y genital. Eso en Freud es así y está muy claro: la represión que divide, separa y rechaza, está al servicio de un proceso y hasta de ideales de unificación. Esto es algo que no tenemos que olvidar, porque en Clínica de Niños, y sobre todo con niños muy pequeños, es una cosa vital, sobre todo en ciertas fronteras del psicoanálisis.

Otra forma de plantear esta cuestión sería decir que mediante la repetición, el chico tiene que armarse un aparato de repetir; las repeticiones van ligando cosas: "ligar" implica toda la cuestión, luego, de representar algo, de sustituir una cosa por otra. Cuando yo digo: "A representa a B"; "A en el contenido manifiesto, representa a B en el contenido latente"; "A en lo preconsciente representa a B en lo inconsciente", estoy indicando que se produjo allí, por repetición, cierta ligazón que permite esa sustitución. O sea que armar un aparato de repetir es fundamental para todo esto.

Pero si se trata sobre todo de conseguir habitar ese cuerpo, ¿qué es lo primero que en el orden de la repetición aparece producido a nivel de la constitución subjetiva? ¿Lo primero en sentido estructurante, fundante? Intentaremos trabajarlo, sobre todo, con un modelo. Por razones expositivas nos atenderemos a lo oral. Podría utilizar otros ejemplos, pero trabajaremos siguiendo de cerca la pulsión oral, para hacer más clara la

cuestión; pero esto no sólo ocurre en cuanto a la oralidad. Además me apoyaré en las formulaciones de la "Metapsicología" de Piera Aulagnier, que son las más recientes.

Hay una primera forma que aparece relacionada con el ligarse al propio cuerpo, como si dijéramos que el chico nace y debe, para ser realmente un sujeto humano, amarrarse, anclarse en su cuerpo, al propio cuerpo; una realidad anatómica no es una realidad simbólica. Lo primero que aparece allí es el concepto de "pictograma", el primer resultado de la repetición sería la fabricación de lo que, siguiendo a Piera Aulagnier, se llamaría "pictograma", como primera forma de anclaje de representación corporal.

Yo les digo esto y quedaría en un nivel demasiado académico; lo adelanté como definición convencional para ver luego, concretamente, qué se puede hacer con esto.

Situaremos esto a nivel oral, para ver qué quiere decir "irse a vivir al propio cuerpo" y qué quiere decir "pictograma", como primera traza, como primera inscripción, en un nivel simbólico o protosimbólico, del propio cuerpo.

Pensemos un poco: ¿qué es una boca? Psicoanalíticamente, no es algo tan fácil de describir, no basta con evocar la descripción de la boca. Especifiquemos un poco más, ya que estamos situándonos en el terreno del infante, del infans, de quien todavía no habla, que entonces, no tiene palabras propias, no tiene ideas, no tiene fantasías, no tiene ese nivel representacional. ¿Qué es succionar? Por lo pronto, succionar es una actividad repetitiva en un lactante, con y sin el pecho; es más: uno puede ver, por ejemplo, que si esa actividad repetitiva de succionar se detiene, está ocurriendo algo muy grave. Si un chico no succiona, no sólo el pecho, o la mamadera, sino que si no succiona como juego corporal, si no se chupa el dedo, el puño en la boca, si no succiona objetos que se mete en la boca, está ocurriendo algo gravísimo. Incluso, ese chico puede llegar a morirse, como en un marasmo anaclítico: es el caso de los chicos con depresiones tempranas muy graves, como respuestas a ciertas deficiencias de previsión libidinal; son los chicos ligados al fenómeno de "hospitalismo" que ustedes habrán visto en Spitz. Es un tipo de cuadro en el que, si no se actúa inmediatamente, es inminente la muerte.

Por otro lado, uno puede decir lo siguiente: si un chico no succiona, si no ha ejercitado esa actividad de succión, no hablará; un chico que no ha desarrollado la succión, en el que, por alguna razón, eso no se ha constituido, ha fracasado, o se ha perdido, es un chico que no va a hablar, que no adquirirá el lenguaje. Marco esto para mostrar la importancia de este fenómeno de succión.

¿En qué modelo puede pensársela? Freud trae un modelo, también oral: hay una referencia teórica conocida en un model que él llama "la vivencia de satisfacción temprana". La vivencia de satisfacción estaría ligada, por una parte, a la experiencia directa con el pecho y, por otra parte, a la reproducción de la vivencia alucinando el pecho. Aparece esa alucinación primitiva del pecho ligada a la vivencia de satisfacción: reproducir cierta experiencia, repetir cierta experiencia que proporcionó placer. Hasta aquí, Freud.

Todo el problema radica en precisar el estatuto de esa alucinación; cuando Freud habla allí de alucinación, ¿de qué se trata? ¿de que este ser de pocos meses se esté imaginando el pecho, esté fantaseando, teniendo una imagen de pecho en un nivel de fantasmaticación? No, porque el chico no tiene los medios para hacerlo. El punto es que la alucinación es la succión misma, lo que Freud llama allí alucinación, es el hecho mismo de la succión, que ya no puede explicarse meramente como un reflejo, no es un reflejo de succión. De hecho, el reflejo de succión en estado puro es algo inaprensible en la condición humana. La succión misma es allí la alucinación; de allí lo de "pictograma": se engrama a nivel mismo del cuerpo, es en el cuerpo mismo que está la alucinación. Uno

podría decir que, si el chico hablara, si en ese momento podría antropomorfizarse, verbalizar en términos del proceso secundario, las palabras que le pondríamos serían más o menos éstas: "Yo (estaba boca) soy el pecho". La alucinación es que, mediante la succión, yo soy el pecho, no lo tengo, porque el registro del tener implica un mayor desarrollo subjetivo, una dialéctica de "tengo", "no tengo", una mayor distancia sujeto-objeto; aquí no hay ni la menor idea de la diferencia sujeto-objeto. La alucinación es Yo soy el pecho al succionar en el vacío.

O sea que si uno quisiera contestar ¿Qué es una boca?, psicoanalíticamente en un principio, porque luego es muchas otras cosas cuando ya comienza a entrar en una serie de registros y de resignificaciones, pero a nivel proto, una boca es un pecho alucinado; es la vivencia de satisfacción, cuando se reproduce más allá del contacto con el pecho real. Observen allí, por un lado, que hay una indistinción sujeto-objeto: la boca es el pecho alucinado. La diferencia sujeto-objeto se trazará después; allí hay una fusión sujeto-objeto. Esto, adoptando la terminología de Piera Aulagnier, se llama "zona objeto", el pictograma funciona fabricando una zona objeto, "zonaobjeto" todo junto, no debe ponerse guión, porque sino se está separando, está haciendo algo del proceso secundario. Esto, en cambio, es bien originario, y va todo junto; o dicho de otra forma – y esto lo verán en otros lugares de la materia- se trata de un "espacio de inclusiones recíprocas", en el sentido de que la zona es el objeto y recíprocamente el objeto es la zona; la boca es el pecho y el pecho es la boca.

Eso es lo que permite, entonces, que esa boca empiece a funcionar como boca en el sentido libidinal, simbólico, del término; eso implica "irse a vivir a la boca"; implica que se habite realmente la boca, implica un tipo de construcción que podemos llamar un "pictograma de fusión". ¿Fusión a qué? Fusión a lo que aparece viniendo del cuerpo materno como gran proveedor narcisista; por lo tanto mucho dependerá de esta función materna en cuestión.

Pero para unificarse, para habitar el cuerpo, no hay otro camino que construir pictogramas de fusión al Otro. Hablar aquí de separación no tiene ningún sentido positivo, la separación aquí sería catastrófica; es como si en el terreno biológico, cuando hay un acto de fecundación, empezásemos a pensar en el nacimiento, en la separación, es prematuro. Lo que allí debe pasar es que ese embrión, esa célula, se prenda allí a las paredes, se fusione, digamos. Tiempo habrá para la separación. Hay que anclarse, agarrarse de algo, para empezar a existir subjetivamente y el camino es construir esos pictogramas de fusión. Winnicott da un ejemplo muy concreto al respecto: lo importante para un bebé es exactamente cierta cualidad de estar "a upa", de estar en brazos, de ser abrazado; la expresión "te quiero" no le dice nada a él; allí hay que construir un pictograma de fusión entre el conjunto de su piel y cierta envoltura del abrazo. Lo mismo sucede con la mirada y el objeto de esa mirada. Cuando se dice que el niño vive más en el rostro de la madre que en sí mismo, está fuera de sí, vive, por ejemplo, viendo como lo ve la mirada materna, ésta es una forma de decir cómo su mirada está pegada al objeto; allí hay nuevamente una formación de objeto zona.

Esto nos da una primera idea de lo que puede querer decir "irse a vivir al propio cuerpo", irse a vivir a esa región; es la forma en que se construye lo que llamaremos luego una zona erógena; pero hay una contrapartida que ahora, desgraciadamente, por las complicaciones de la situación, tenemos que introducir. Hasta ahora, hemos estado trabajando sólo en la dirección de la formación de pictogramas de fusión, en la dirección libidinal, que es una de las direcciones de la repetición. Pero situamos la repetición en un conflicto, en el marco de un conflicto. Hay otra dirección que está planteada, posible en ese conflicto y que a veces se toma, en casos menos favorecidos: es la que podríamos llamar una dirección tanática, destructiva, o autodestructiva. Conviene hacer dos acotaciones al respecto de Freud. Una es que, en función de sus planteos de

redistribución pulsional, de la acuñación de la hipótesis de la pulsión de muerte y de la nueva función que entonces toma la destructividad, se quebranta el monopolio que hasta entonces tenía lo libidinal, porque aparece esa dimensión destructiva, y sobre todo autodestructiva.

En relación con esto, Freud deja planteado un programa, que él no realiza sino que sólo deja planteado y que, en alguna medida, varios psicoanalistas han retomado, aunque se tardó en hacerlo; él dice que, así como se ha seguido toda la serie del deseo, tomando la idea de libido, de zona erógena, del cumplimiento del deseo como deseo erótico, como deseo sexual, como deseo sexual reprimido, etc., hace falta ahora, dice Freud, encarar la otra serie, la serie de la destructividad. ¿Cómo será –se plantea Freud– el cumplimiento de un contra-deseo, de un deseo negativo? Es importante marcar que Freud no habla de un no-deseo, no de un contradeseo, sino de un deseo negativo; ¿cómo será el cumplimiento de un deseo en una dirección destructiva? Punto muy importante, sobre todo el tipo de clínica que estamos apuntando.

La segunda observación es que Freud plantea como incógnita, porque estaba como al borde de su experiencia –el centro de su experiencia no eran las formaciones psicóticas y narcisitas graves– el tema de “ambivalencia arcaica”, ambivalencia originaria, refiriéndose a casos donde hay una defusión primitiva, una contraposición de amor y odio que aparece gravando el desarrollo subjetivo, la capacidad de amar y las posiciones de deseo en el sentido libidinal. Hay allí una zona oscura que hace a lo arcaico de esa ambivalencia.

Siguiendo esto, y sobre la base de la experiencia clínica, más allá de las neurosis, o en ciertas neurosis muy graves, hemos encarado, por un lado, un camino donde repetir conduce a estructurar, a diferenciar, a ligar libidinalmente; por ejemplo, el efecto de liga boca pecho, donde se ligan en ese efecto de liga por repetición que va constituyendo algo como boca, algo como un centro y un organizador privilegiado del psiquismo. Allí hay una dirección donde la repetición está al servicio de la función de liga. Pero hay otra dirección donde la repetición se pone al servicio de lo contrario, no del representar sino al servicio de destruir toda representación, no de investir libidinalmente sino de destruir todo lazo libidinal. En la conceptualización para la que me apoyo en esto, es específicamente la de Aulagnier; ella lo categoriza como “deseo negativo”, siguiendo a Freud, “deseo de no tener que desear”, rechazo del desear, del trabajo de desear, rechazo de estar condenado a desear. Es mejor que esto se especifique clínicamente, porque no es un invento creado especulativamente, sino un intento de pensar ciertas cuestiones clínicas. Por ejemplo: la automutilación, como puede preverse a veces en un adolescente esquizofrénico, o en ciertas depresiones graves, en ciertas melancolías donde la mutilación toma un curso suicida. ¿Qué es lo que puede verse aquí? La mutilación recae sobre un órgano dado, por ejemplo, los genitales, aunque no sólo son los genitales. Pero además ¿qué precedió a ese pasaje al acto de mutilarse, o a ese impulso a hacerlo que a veces el paciente puede llegar a verbalizar permitiendo trabajarlo? Lo precedió la emergencia sobre ese órgano, de un movimiento de deseo, de un movimiento libidinal que no es aceptado por el sujeto, que es rechazado. La mutilación sería un acto de repetición destructiva porque esto se sitúa en una serie donde ha habido otras repeticiones destructivas en ese sujeto, de abolir, de odio a aquello que desea. Si el deseo se erige aquí, ni el deseo cae sobre este órgano, pues, a abolirlo, que no exista más, a cortarlo y mutilarlo. O bien se da el impulso suicida.

Una paciente, quizás la más grave que estoy atendiendo actualmente, que requiere muchas sesiones semanales y cuidados especiales por lo grave de su depresión, tiene siempre esta secuencia, donde a cada amago de emergencia de deseo en ella, de algo libidinal, hay que esperar un contragolpe que a veces la lleva a actuaciones

suicidas; chocar, por ejemplo, o estar a punto de ser atropellada en la calle, o bien estar con una fantasmática suicida muy importante y peligrosa. El sujeto entonces nace y hay una encrucijada: ¿al servicio de qué se va a poner en él la repetición, predominantemente? En definitiva podríamos decir que en todo sujeto humano puede estar presente, a veces, el deseo de no tener que desear. Pero predominantemente, ¿se pondrá al servicio de lo que clásicamente llamamos deseo, o al servicio de abolir el desear, de odiar el desear, en el sentido fuerte, expulsivo, de que eso no exista, de mutilarlo, de echarlo del sujeto? Esto mismo se puede ver en ciertas neurosis muy graves: por ejemplo, hay cierta evolución en algunas fobias que yo llamaría "malignas" en el mismo sentido que se dice al hablar de tumores, donde es tan fuerte el rechazo del desear, la angustia del desear, que a veces llega al límite de lo incurable en cuanto a nuestras posibilidades de intervención.

ALUMNA: Cuando usted dice "desear", ¿se refiere a un desear consciente?

PROFESOR: No; cuando hablo de desear, hablo de deseo inconsciente. Es una abreviación; Freud empieza hablando de deseo inconsciente; luego, abreviando, se dice "deseo", pero hablamos de deseo inconsciente, que de pronto emerge y llega algún derivado de ese deseo a lo consciente, a lo preconscious, pero que hunde sus raíces y sus determinaciones en lo inconsciente.

ALUMNO: El deseo negativo, ¿sería el intento de poner una marca, por ejemplo en el caso de los intentos suicidas?

PROFESOR: No sé de qué intento se trata, pero en el caso que mencioné, por ejemplo, se trata más bien de borrar toda marca, de que algo desaparezca en el sentido radical del "no existe más", de abolir, de dismantelar algo. En el historial que trabajaremos, esto se puede ver mejor. De todas maneras, yo quería agregar una hipótesis personal al respecto: una pregunta podría ser: ¿qué decide que se tome esta dirección? ¿Qué decide que el decurso de la repetición tome más el sendero de la constitución subjetiva, el sendero de ligar progresivamente, de ir constituyendo esos pictogramas de fusión como anclaje básico de un cuerpo, o que tome una dirección de dismantelamiento? Aquí cae el peso de la importancia de las funciones materna y paterna en las que el sujeto debe apoyarse para llegar a ser; porque el sujeto se hace solo en el trabajo pero no puede hacerse solo sin ayuda.

Tomemos el modelo oral, lo que vimos como vivencia de satisfacción: si del lado de la función, de quien dona el pecho, no se arrima nada, no se posibilita nada que cualifique como posibilidad de placer a esa experiencia, que aporte algo a la boca como lugar posible de placer y de satisfacción libidinal, es muy posible que eso intensifique, desencadene la dirección negativa de la que estábamos hablando y que entonces la boca, en lugar de ser un lugar más habitable, se deshabite, se rechace, se mutile de la boca.

Voy a tomar el fragmento de un historial para que esto se pueda seguir mejor, porque es difícil; además, tomo un texto que ustedes verán mucho más desarrolladamente que conmigo en prácticos: es un historial de autismo de Bettelheim, el historial de Laurie, una nenita de siete años.

Yo tomaré sólo algunos aspectos muy recortados. Es un material que nos permitirá ver lo opuesto a lo que hicimos antes, y volver incluso a la pregunta que apareció: ¿cómo se deshabita una boca? ¿cómo una boca se vuelve inhabitable para esa nena en el sentido libidinal del término? Al principio del historial, ustedes encontrarán una importante referencia del autor a lo que él llama "relación negativa". Bettelheim plantea lo siguiente: lo más superficial, lo más descriptivo, es que el autista no se

relaciona con nadie, se comporta como si fuera una especie de objeto inanimado y como si los que lo rodean también lo fueran; aparece un no vínculo, como que el niño no se relaciona con nadie. Bettelheim plantea que la experiencia clínica, más bien, llega a pensar que hay una relación negativa con el Otro, que es una cosa muy distinta; es muy diferente decir; este niño no se relaciona con nadie, a decir: este niño tiene con alguien una relación negativa, en el sentido en que en Física, por ejemplo, se dice; ésta es una partícula. Éste es un antiprotón. Ésta es una antimateria; no es lo mismo que decir: aquí no hay materia.

La diferenciación que él propone conduce a pensar el autismo como un desarrollo muy desviado particular, más que como algo que se hubiera detenido, que no estuviera hecho, que no estuviera constituido; a veces se dice, en forma un poco ingenua, este sujeto no está constituido. ¿Es entonces un marciano que está allí, hay un espacio vacío allí? De hecho, encontramos producciones en ese autista. ¿Cómo se constituye eso que yo digo que no está constituido? ¿Cómo está constituido lo que no está constituido?

Veamos una pequeña secuencia recortada del material, que es muy vasto; tomo arbitrariamente el tema de la boca allí. Es una nena que ha llegado a hablar, mal que bien; las circunstancias familiares que se pintan no aparecen como las de mayor investimento libidinal del mundo, pero es una nena que a cierta edad habla; claro que ya en el hablar aparece algo frágil, y cuando digo habla digo entonces que come: tiene boca, aunque es una boca algo rara, porque no llega a decir nunca "yo", ni "mamá" ni "papá", o sea que no nombra los objetos primarios; si bien nombra cosas, acciones. Pero de todas maneras, ella habla. Este es el estado inicial de la cuestión que después se va reformulando a lo largo del historial, pero eso no lo voy a tomar ahora. Tomo las cosas tal como al principio se presentan.

En un momento se va la niñera, que ha estado varios años con ella, y aparece como si hubiera tenido una relación corporal más con ella que con la madre; el primer efecto de esto es el mutismo: deja de hablar; primer paso. Hay una serie de pasos en los que vemos cómo una boca se va derrumbando y va dejando de serlo, en una especie de movimiento inexorable. El primer paso, entonces, es el mutismo; es muy diferente decir que un chico habla de una pérdida, o sea, de una pérdida de objeto, a que, a raíz de una pérdida, el chico deje de hablar. En principio, esto lo situaríamos en lo que en psicoanálisis llamamos "depresión psicótica", o sea, no depresión en el sentido de pérdida de objeto, sino depresión en el sentido de pérdida de algo del propio cuerpo. O sea que, psicoanalíticamente hablando, la nena se comporta como si la que se fue se hubiese llevado su boca, por lo menos su boca parlante. Primer paso: reconstrucción de la boca que, recordémoslo, ya tenía su punto de fragilidad; además, que suceda esto mismo marca el punto de fragilidad, porque otro chico al que se le vaya la institutriz, hablará de la pérdida o jugará con la pérdida, sin perder el acto de hablar. Pero no: es como si la que se va –además se fue abruptamente– se llevara en su equipaje, digamos, algo de la boca hablante que la niña no tenía firmemente anclado en ella, sino que estaba ligado a la presencia del Otro, que se va y entonces ella pierde eso.

Segundo paso: la nena retrocede, regresa, a una actividad un tanto distorsionada, regresa a los laleos, los juegos fonemáticos y prelingüísticos, en el sentido formal, de un bebé, hace cloqueos, sonitos guturales, por eso digo "distorsionados". Pero al menos queda esa actividad en la boca. Un día, no soportando esa situación y ese tipo de ruidos, le dan una bofetada. A partir de ese día no hace más ruido, la boca deja de sonar. Si ustedes piensan ahora en términos de pictograma de fusión, podemos decir que empiezan a aparecer lo contrario, el pictograma de fusión empieza a perder cosas; en ese pictograma de fusión, digamos que ella tenía una boca que hablaba, que cloqueaba, que podía hacer ruido, por lo menos; esto lo pierde y algo se defusiona. En

otros términos, podríamos decir que aparece un pictograma de rechazo, es decir, cosas concernientes a la boca se empiezan a rechazar.

Tercer paso: se vuelve anoréxica: deja de comer, deja de tener interés en la comida, hay que alimentarla más o menos a la fuerza, o sea "traga"; es importante aquí esto que se especifica, porque nosotros tendemos a pensar, simplifícadamente, en una boca como si fuera un agujero. Eso es un error; una boca es un órgano, un borde, una superficie activa; es un agujero sólo si hay mutilación, sólo si hay alguna herida simbólica aquí. Pero ningún órgano funcional, nada ligado a una zona erógena es un agujero; en el terreno de la neurosis hay un solo caso donde esto parece suceder por lo general: la idea, la representación de que algo es un agujero cae sobre los genitales, con mucha frecuencia sobre los genitales femeninos; muchas mujeres y muchos hombres creen que aquí hay un agujero y no un órgano, un borde, una superficie activa, erógena. Pero ésa es una concepción; es como dar fe de la concepción psicopatológica de un órgano: una boca no es un agujero, es un órgano lleno de bordes, un órgano que extrae cosas, que toma y que rechaza. Todo esto empieza a perderse: esa boca se empieza a convertir en un agujero que traga las cosas: sería como tirar comida a un agujero.

Se van dando estos pasos y el pictograma con el que ella anclaba su boca fusional a la anatomía de su boca, se va a ir desarmando: pérdida del habla, pérdida de ruidos, pérdida de la capacidad de alimentarse y, en última instancia, reducción de toda actividad autoerótica de la boca, como chupeteo en el vacío; es como si asistiéramos a la ruina, al desarme progresivo de esa boca. En última instancia, puede quedar sólo una cosa anatómica ahí, que de ningún modo es el órgano en el sentido erógeno simbólico. Es interesante ahora vincular esto con los movimientos que en el intento de cura del tratamiento de la nena se producen. Vemos cómo, cuando empieza la intervención psicoanalítica sobre la nena –psicoanalítica no tanto en el sentido de un psicoanálisis formal, sino como de estar en una institución atravesada por el psicoanálisis, donde las cosas se piensan psicoanalíticamente–, comienza un trabajo de intentar rehacer el pictograma de fusión en la boca, que tiene también una serie de pasos, de secuencias, que en el historial se van marcando con mucha claridad. Yo hago un corte pequeño pero el historial es mucho más largo y tiene más complicaciones.

Primero, la educadora, que está con esta niña en la institución donde finalmente los padres han aceptado que entre, después de muchos años perdidos –tiene siete años ya– le ofrece su dedo a la nena. Trata de ver si se produce algún tipo de respuesta allí, a nivel de succionar ese dedo, de restablecer cierto contacto erógeno, de ver si se puede rearmar algo parecido a una boca. Entonces, la primera operación es esa: poner el dedo suavemente en el borde de los labios, e intentar un contacto con la lengua; el primer indicio de respuesta –se trata de respuestas muy discontinuas, muy fugaces, seguidas por días y horas de inercia total– es el de empezar fugazmente a tocar ese dedo, entrar en contacto, empezar a dar ciertos índices fugaces de contacto placentero lengua dedo, lo que habíamos visto como pictograma zona objeto.

A esto le sigue otro paso: darle de comer en la boca, en vez de alimentarla a la fuerza; pero –hay una sutileza en la observación: justamente, no con cuchara, no con ningún objeto mecánico, digamos, sino con la mano, buscando que la mano-comida-boca conformen, rehagan algo en torno a esa boca. Y por otra parte, punto decisivo, se acompaña a esto el hablarle, hablarle mientras esto se hace, hablarle suavemente, dulcemente, volver a hablarle. Este paso es importantísimo, porque una boca no es solamente una boca que chupa, algo que chupa, sino que es algo que habla; hay varios niveles en el pictograma de fusión. Después de un tiempo, consigue restablecerse el chupeteo, y entonces, el siguiente paso es que la nena se pone a comer sola; a veces, algunas cosas.

Hay siguientes pasos donde se asiste a lo siguiente: vuelve a emitir sonidos; esto es algo muy importante. La condición para que una boca hable es que haya succionado y succione; una boca que no haya succionado no puede hablar. Es importante que el restablecimiento de ese nivel de succión en la boca vaya acompañado de sonido; es decir, la boca no solamente se pone a comer, sino que se pone a sonar: todavía no son palabras, pero se pone a sonar, es una reactivación. Es como si se desandara el camino del desmantelamiento; se trata allí de volver a rehacer algo de boca.

Para marcar esto más claramente hay un ejemplo de pictograma de rechazo, que Bettelheim localiza muy lúcidamente; al principio, cuando se le hablaba a la nena, cuando entra a la institución, ella da vuelta la cabeza para otro lado, en dirección contraria al flujo de las palabras; o sea, hay un apartamiento, un rechazar, en ese dar vuelta la cabeza, que haya algún interlocutor que le hable. Esto no es gratuito; es en la medida en que de algún modo sintiera un daño en eso; es como si ella dijera: estos sonidos me dañan; y en esa medida los rechazo, procuro que eso no exista mediante ese negativismo de apartar la cabeza, de dar vuelta, en dirección contraria. Los siguientes pasos son que empiezan a proliferar ciertos pequeños juegos en torno de la boca, al mismo tiempo que suena, en torno de la comida; por ejemplo, empieza a hacer cosas que antes no hacía: agarrar algo que está arriba de la mesa, volver a su lugar y comerlo; además se empiezan a introducir otras cosas, se restablece el circuito de repetición y diferencia; se introducen los bizcochos, las pasas, jugar un poco más con la comida, y aparece algo por primera vez: la niña muerde el dedo de la educadora; esto, a mi juicio, en el historial está calificado un poco apresuradamente como agresión. Es una opinión personal, pero tengo la impresión de que más bien es un hito positivo en este escalonamiento de hacer la boca, como que morder algo que ella reconoce como de otro ser humano implica el deseo de extraer algo del cuerpo materno, de extraer algo que le sirva, como incorporación fantasmática, porque no arranca el dedo de la educadora; morderlo implica la puesta en marcha de un fantasma de incorporación.

Hay una serie de pasos que se van dando y que van acompañados de otros que permiten estudiar otros dos puntos; hay un señalamiento que hace Bettelheim, que es el siguiente: en esta nena, parecía, al principio sobre todo, que la boca no tuviera ninguna relación con las partes de su cuerpo, en las que tampoco vivía; un cuerpo como un conjunto de zonas antierógenas, desmanteladas, vacías de lo erógeno. Entonces, allí no hay ningún efecto de unificación.

Por otro lado –segundo matiz de la observación– tampoco parecía que hubiera ninguna relación entre su boca y su lengua, tampoco había una relación entre todo-parte: es como la señal del efecto de la formación de un pictograma negativo donde, en vez de que el trabajo de la repetición produzca una boca, produce una especie de antiboca, algo que no puede cumplir ninguna de las funciones erógenas y simbólicas ligadas a la boca; por lo tanto, no reconoce y barre con toda diferenciación todo-parte. Esto es algo que empieza a modificarse; entonces, se podría decir que hay una primera función que es formar un pictograma de fusión, de anclaje zona objeto para empezar a habitar cierta parte del cuerpo. Y hay una segunda función, que es cierto efecto de coordinar, de conjugarse el pictograma de una zona corporal con otros de otras zonas corporales, empezando a hacer un trazado del cuerpo. Hay un tercer efecto que la secuencia del material permite localizar: espontáneamente, sin ninguna dirección terapéutica al respecto, la niña empieza a interesarse por lo anal, hace ese pasaje de lo oral a lo anal que a veces, en algún momento se presentó tan linealmente en psicoanálisis y que pone a algunas personas nerviosas cuando se lo menciona, pero que de todos modos se da.

Empieza a interesarse por lo anal y se descubre algo allí: ella no establecía ninguna relación entre las heces, la materia fecal y su trasero, su ano, su vientre; no

hacía ninguna conexión: la caca estaba ahí, o caía sin que ella la vinculase con su cuerpo. Empieza entonces a conquistar otra zona ahora, porque allí también hay que establecer un pictograma de fusión zona objeto que una el vientre a las heces, el continente al contenido, la causa al efecto que produce.

Entonces, ella empieza un camino muy lento que la lleva a descubrir la relación entre sus excrementos y esa zona de su cuerpo y empieza a jugar con eso; es interesante que empieza a jugar con la caca como si fueran cubos, mezclada a veces con cubos, y el juego de cubos empieza justamente a partir del empezar a irse a vivir ahí, de tener una zona anal también donde vivir: empieza a tener allí una zona de inscripción.

Detengo un momento la cuestión aquí para retomar otro aspecto: una de las notas de lo que estamos definiendo como pictograma, o sea de la primera representación donde se ancla, la dimensión simbólica del cuerpo a lo biológico, es el papel que tiene allí el afecto: pero el afecto no en el sentido de sentimiento, sino el afecto en sentido fuerte, el afecto corporal, como una acción del cuerpo. Tomemos el succionar y volvamos nuevamente a la experiencia de satisfacción; el succionar no es neutro afectivamente, funcionará según un carácter placentero-displacentero, aceptado o rechazado y si las cosas progresan en el sentido libidinal, tendrá una dimensión placentera, lo cual estimulará la repetición de la succión. De lo contrario tendrá una dimensión displacentera, negativa, opuesta a la experiencia de placer. El pictograma aparece como afecto que se siente en el cuerpo: esto no quiere decir que se siente conscientemente, como cuando alguien dice siento tal cosa; aquí estamos todavía lejos de un nivel de una conciencia de sí. Se siente más bien como marca, como acción en el propio cuerpo.

Un ejemplo de esto: así como tenemos el modelo de la vivencia de satisfacción, referido al decurso libidinal de la repetición, Freud propone un contramodelo, donde en lugar de la vivencia de satisfacción, en lugar de la alucinación del pecho mediante la succión que implica un afecto determinado, se va a encontrar la anorexia. En este caso de autismo, donde Laurie podría tener una vivencia de placer ligada a la fusión boca pecho, en cambio toma una dirección enteramente diferente: el pictograma es un pictograma de rechazo, de destrucción. En lugar de la alucinación mediante la succión, está la anorexia, el rechazo mismo de la succión, el mutilar la boca de la succión. A todas estas operaciones que estuve mencionando en torno de esta chiquita, podríamos cualificarlas como partiendo de una vivencia de satisfacción planteada sobre carriles negativos, destructivos, donde no hay una conjunción con el objeto sino lo contrario, el deseo de no desear.

Clase Nº 3 – 01/06/88

Vamos a tratar de reanudar este seminario. Reanudar, es algo que tiene cierta vinculación con lo que venimos viendo. Reanudar, se hace también, por medio de la repetición. Justamente nos habíamos quedado, antes de la segunda interrupción, en este problema de cómo anudarse al propio cuerpo, para vivir a nivel humano, para vivir a nivel simbólico. Este anudarse al propio cuerpo, lo habíamos empezado a trabajar, con este concepto, del movimiento espontáneo de la repetición: creación, fabricación, producción del pictograma.

Sobre la repetición, el Psicoanálisis no sabe lo que es, subrayando el “que”, pero, en todo caso, el psicoanálisis, demuestra que “es”, subrayando el “es”.

La repetición existe, y existe espontáneamente. Este, es un hecho, que para nosotros aparece como inmodificable, como hecho oscuro, o tomando la expresión de

Andre Green, como hecho neutro, ni lo uno ni lo otro, como hecho ambiguo. Con eso quiero decir que: ¿al servicio de qué, se pone la repetición? Es sobre ese eje que estuvimos trabajando. Se pone al servicio del Principio de Placer y por lo tanto del Principio de Realidad, o, se pone al servicio del Principio de Nirvana, que responde a la pulsión de muerte.

De hecho, podríamos trazar el esquema de las series complementarias freudianas, y poner en un extremo, este Principio de Nirvana, y en el otro extremo, el Principio de Placer, y situar cualquier proyección –clínicamente hablando- en algún lugar de ese eje, a una determinada distancia de un polo a otro. Pero siempre en toda repetición –lo que pasa es que a veces, la predominación de lo libidinal o de lo destructivo es muy clara- pero siempre es posible rescatar huellas de lo otro. Con esto quiero decir que la repetición trabaja para los dos ámbitos. Ese es uno de los problemas. Nosotros vimos, por un lado, una dimensión productiva de la repetición, una dimensión libidinal, donde, a través de la repetición, se producen cuerpos, se produce la subjetividad, se producen diferencias. La repetición, se pone ahí, al servicio del jugar, usando este término en el sentido más formativo del psicoanálisis.

Vemos otra repetición, digamos, una repetición desengranada que juega en el vacío, como, en el caso que estábamos viendo, el de Laurie, cuando vemos a la nena limitada a extraer hilachas, pedacitos de cosas que rompe, pero sin que esto produzca una diferencia subjetiva en ella. En este historial ustedes pueden ver, en forma muy clara, que cuando se restaura algo del orden de la espontaneidad perdida de la niña, se restaura una repetición productiva, una repetición que vuelve a darle cosas a nivel de su cuerpo. Esto es importante, porque nosotros tampoco sabemos qué es lo que designamos como espontaneidad, pero sí podemos saber algo de cómo funciona eso y, por lo pronto, podemos decir lo siguiente: una función de la espontaneidad, en el interior mismo de la repetición, es darle a la repetición una dimensión productiva. Cuando la repetición se desintranca de la espontaneidad, la repetición deviene estereotipia. Entra en un círculo vicioso donde no se genera nada nuevo, entra en un círculo tanático.

El hecho es que esta repetición que sirve a dos amos a la vez, aunque en distintas proporciones, se transforma en una escritura, en un modo de escribir, de representar. Por lo cual, estoy situando a la repetición en un nivel simbólico-imaginario. Pero esto de la repetición como forma de escritura, como forma de ir dándose un cuerpo, un sexo, un lugar, en la subjetividad, es un terreno complicado, porque siempre tendemos a olvidar la heterogeneidad de lo inconsciente, tendemos demasiado fácil a pensar el inconsciente como si fueran ideas, emociones más o menos vagas, de esa manera es fácil deslizarse hacia una concepción así, donde se homologue el deseo a cierto estado emotivo.

En el inconsciente no se trata de ideas: en todo caso, se trata de actos. Cuando aparecen palabras, es lo que Freud llamaba, palabras cosa, palabras tratadas como cosas. Es en la escena del preconscious, en donde algo de todo esto se enlaza a lo verbal, en el sentido más social del término. Lo verbal está trabajando de manera muy heterodoxa a nivel inconsciente. En una de estas formas de escritura, localizamos a nivel muy elemental, el pictograma.

Hablamos la vez anterior de la construcción de un pictograma de fusión, que se da cuando la repetición toma una dirección libidinal, lo que conduciría a la vivencia de satisfacción; y en la otra dirección, negativa, tanática, donde la vivencia no es de satisfacción sino de rechazo, se construye el pictograma de rechazo. Hablamos del pictograma de fusión como una construcción que implica habitar el propio cuerpo.

Retomaría una frase del poeta Michaux: "El amor es una ocupación del espacio". Esa es una definición muy psicoanalítica, o de la que el psicoanálisis tiene mucho que aprender. Pero, uno podría agregar algo más al principio de la construcción subjetiva, el amor es una ocupación del espacio del propio cuerpo, de poder transformar el propio cuerpo en un espacio para vivir.

De eso se trata en el pictograma de fusión. El resultado del pictograma de fusión es la construcción de un objeto solo, todo junto, amalgamado. Amalgamado implica que todavía no hay diferencia entre sujeto y objeto, no hay diferencia entre Yo y no Yo. Es lo que Aulagnier llama zona objeto. La construcción de este pictograma de fusión implica el espacio de inclusiones recíprocas (propio del Inconsciente). El espacio de inclusiones recíprocas, es el espacio más originario del Inconsciente, es un espacio en el que no están constituidas ninguna de las oposiciones que luego se irán desarrollando: Yo-no Yo, activo-pasivo, etc.

Ninguna de esas oposiciones funciona. El espacio de inclusiones recíprocas, sería como un magma, del cual sale todo lo restante, es la matriz de todo lo ulterior. Pero ahora, sigamos un poco más. ¿Cómo se puede ir perfilando un pictograma, apoyándonos en el caso de Laurie? El pictograma no se piensa, no es algo que se pueda pensar: no está a nivel del preconscious, no es algo, tampoco, que se pueda fantasear –al modo del que hablamos de fantasma inconsciente y también preconscious-. El modo de existencia del pictograma es que se siente, se siente en el cuerpo, es afecto corporal.

Voy a explicar enseguida qué es esto: cuando digo, se siente, lo digo en un sentido fuerte psicoanalítico, y no en el sentido emocional corriente (sentí tal cosa, tal emoción); se siente implica que allí, el afecto corporal es una forma de inscripción. Tomo el caso de Laurie, para que se vea. En el material, se observa que en los tiempos de la estancia de esta niña autista en la institución, el defecar, el orinar, no tienen para ella ninguna implicancia subjetiva; son cosas que le pasaron, como podría pasarle que llueva. Pero no es nada que tenga alguna condición, ella no tiene cuerpo en el cual esté significando en algún nivel el defecar o el orinar, y mucho menos, como placer. Cuando le ocurre el orinar o el defecar, esto es con una total ausencia de participación subjetiva. Ella puede andar con sus pises y sus cacas encima sin que eso le plantee ningún problema. Hay un momento que esto empieza a modificarse, a través de la terapia, y se dice entonces que ella descubre, por ejemplo, la micción, hay un momento de gran intensidad, donde ella está toda concentrada en el acto de la expulsión de las heces o de la orina.

Incluso vamos a ver algo que tiene gran importancia, sobre todo para cuando veamos fantasma, ella entrecierra los ojos, el grado de concentración es tal –como dice el autor, como si no quisiera que nada la distrajera-, totalmente puesta ella en ese punto de intensidad sensorial, que ahora por primera vez, aparece con una marca de placer. Aparece como una subjetivación, ese hacer pis, deja de ser un mecanismo fisiológico, sólo gobernado por automatismos fisiológicos desubjetivizados; ahora, es ella quien hace pis. Empieza un proceso. Es un momento de extraordinaria intensidad afectiva. Es un momento en el que el afecto está ahí –no es como lo que plantea Freud en un principio de que el afecto está por un lado, y la representación por otro. Aquí, el afecto es la representación, el afecto como corporal, el afecto como acción corporal; no es un epifenómeno, un afecto de superestructura, el afecto no es aquí un estado afectivo que acompaña. El afecto ahí es la señal viva de la inscripción que se está produciendo, que hace que a partir de ese momento, exista para ella una zona erógena, anal o uretral. Esto aparece con una cualidad de intensidad muy especial, que es la que se marca en el historial. O sea, que la instalación del pictograma de fusión, como asimismo el de rechazo, tiene que ver con una intensidad del afecto muy especial, con una ley de todo o nada. Así como antes no sentía nada de todo eso, ahora es toda ella, que está en ese

momento en eso. Ese momento de la micción o de la defecación; ahí, ella está escribiendo su cuerpo. Así como podemos ver, por ejemplo, a un chico concentrado en escribir las letras, volcado en captar qué es una letra, diferente de un dibujo, completamente concentrado en esto, viéndose el esfuerzo físico del niño, con una actitud placentera, antes de que los acontecimientos de la escuela le arruinen el placer. Entonces, volviendo a Laurie, ella está concentrada en escribir su cuerpo, y el afecto, es la forma de escribir, afecto como jeroglífico corporal; no es el mismo afecto que aparece poco después, como "sentí amor, sentí odio", ni el afecto separado de la representación, con que se trabaja en el campo de la neurosis. Eso es otro ámbito. Lo mismo, para el pictograma de rechazo, donde se destruye su vínculo con la zona anal o uretral; esta ley del todo o nada de intensidad afectiva, es particularmente importante.

ALUMNA: ¿Cuál es la relación que habría con el narcisismo? Porque cuando hablamos de todo o nada, escucho bastante la cuestión del narcisismo. ¿Cuál es la relación que hace con este concepto?

PROFESOR: La relación es del macroconcepto al microconcepto. Si yo digo narcisismo, digo concepto macro. Narcisismo es un término abreviado; sobre todo, el narcisismo originario es un término abreviado que tiene un par de fenómenos. Haciendo una analogía: si yo pongo el microscopio, sobre todo, el microscopio electrónico, sobre el concepto de narcisismo, aparecen interiormente a ese concepto, cosas como la construcción de estos pictogramas: como si uno dijera que el pictograma es el concepto molecular, elemental, la célula; el narcisismo es el tejido. Uno diría, el narcisismo en el sentido originario de construcción del propio cuerpo, a través del jugar, etc. El narcisismo está compuesto por millares; en forma algebraica, por experiencias de fabricación de estos pictogramas, o sea, que la relación es como de continente a contenido. Todo esto que estamos dando, está adentro de algo más grande que se llama narcisismo, sobre todo en este caso, del narcisismo originario, que luego va a dar como resultado, la formación del Yo, etc. Uno tiene que ver en la teorización, conceptos más micro, y conceptos más macro, como conceptos que van de menor a mayor, como el pictograma, identificación, significante; hasta llegar al concepto más amplio, que sería narcisismo o Edipo para el caso.

El estatuto de pictograma, se parece a un título de propiedad. Yo dije que la niña está escribiendo. Escritura que me acredita como poseedor, aunque a nivel del propio cuerpo uno no es un inquilino, hay un título de propiedad del cuerpo, que es el pictograma. Por eso, el pictograma no va a entrar en cadenas asociativas, como las que estamos acostumbrados, cadenas de representación, cadenas significantes, etc. El pictograma, más bien, está como condición de eso. Vamos a dar un ejemplo: si yo me hago socio de un club, tengo que pagar una matrícula, no entra en la combinatoria, porque la combinatoria está hecha de las cuotas mensuales, y de cuotas especiales; de carnet de pileta, o de cualquier otra cosa por lo que nos van cobrando más. Yo no puedo alegar que pagué la matrícula, porque la matrícula es simplemente lo que me da entrada. El pictograma es eso: me da entrada, no está al mismo nivel que la fantasía, o que una asociación. Pero si no tengo la entrada, no puedo ir a pagar la cuota de un lugar en el que no pagué la matrícula... voy a quedar afuera de ese registro.

ALUMNA: Una pregunta: ¿Cómo se daría en el pictograma, el representante representativo?

PROFESOR: Está a un nivel más infra. La representación supone, ya, la existencia del pictograma, la existencia de alguien que tiene cuerpo, a partir del cual generar representaciones. Dicho en términos más originarios, más históricos en psicoanálisis, la representación supone ya la represión originaria, si no hay represión originaria, no hay posibilidad de cadena de representación. El pictograma está ligado a eso de represión

originaria. Lo poco que pudo decir Freud de esta enigmática represión originaria –algo de esto tomé la vez pasada–, es que fija, algo queda fijado, y luego, nunca se recuerda eso. Nosotros nunca podemos recordar un pictograma; pero, eso queda fijado ahí, es lo que implica el pictograma, cuando el sujeto queda agarrado al cuerpo; sobre esa base es que puede desplegarse todo el campo representacional, que es el primero al que el psicoanálisis tuvo acceso.

Si queremos plantearnos con qué está hecho un pictograma, en otro ángulo, podemos decir que el pictograma está compuesto por: actividades sensoriales, espontáneamente repetitivas en el chico, a través de las cuales va tomando cuerpo. Esa expresión: tomar cuerpo, tiene toda su dimensión; actividades sensoriales que espontáneamente se van repitiendo y humanizando, se van subjetivando, como con el orinar de Laurie; dejan de ser sensoriales puras, no son esas actividades sensoriales en el sentido de la vieja psicología general, cuando hablaba de la sensación. Eso, para nosotros, es totalmente abstracto, además de perimido. No, estas son las actividades sensoriales que se van humanizando por la intervención del mito familiar o los mitos familiares, que van diciendo los dónde y los cómo.

Los mitos familiares van dando los lugares posibles donde se puede ubicar el chico, en esa familia, y los cómo, por ejemplo: el mito familiar de ese chico, incluso va a decir si puede haber una caricia. Todo eso se ve involucrado en la construcción de ese pictograma de fusión. Cuando, por ejemplo, le pegan a Laurie para que no haga más ruido con la boca; uno podría decir ahí, qué es para ese mito familiar hacer ruido con la boca.

Por otro lado, otro elemento que interviene en la constitución de ese pictograma, es la intervención concreta de las funciones parentales, fraternas, de toda una serie de personajes, estas funciones, ¿posibilitan placer? Este es un punto absolutamente básico porque podríamos remitirnos a algo que puede darse como una ley, de una manera más o menos así lo trabaja Piera Aulagnier como ley del placer, en este sentido: para que algo del cuerpo quede inscripto como cuerpo propio, para que se construya un pictograma de fusión, es condición indispensable, que esto se dé a través de una experiencia de placer. Pensemos qué ocurre, si a nivel del mito familiar, de las fusiones que de él dependen, no existe placer, ligado por ejemplo, a la oralidad, al amamantamiento, es muy difícil que se pueda constituir el pictograma de fusión; en su lugar aparecerá un pictograma de rechazo como puede ser la anorexia para hablar, la anorexia para comer.

Esta ley de placer es absoluta. Freud hablaba de placer de órgano, como expresión recortada, no placer de sujeto, sino de órgano, recortado, que tiene que ver con esto que estamos trabajando. Yo diría más: placer-órgano. El pictograma de fusión boca, por ejemplo, sólo se puede hacer si puede subjetivarse algo como boca placer, sino, esa boca se constituye negativamente, en movimiento de rechazo, en una boca que se cierra, en una boca que no habla, en una boca que no come, en una boca que traga como en la bulimia, pero no come.

Esta determinación del placer en la escritura, es fundamental. Cuando localicen el párrafo donde Laurie está haciendo pis, haciendo pis ella, ésta es una experiencia de placer inefable.

ALUMNA: Pero no se inscribe el placer en Laurie.

PROFESOR: Es más fuerte que no se inscribe placer. Se inscribe el displacer. No se inscribe un vacío de placer, se inscribe algo como posibilidad de displacer.

ALUMNA: Pero, digamos, para que haya displacer, ¿No tiene que haber primero Principio de Placer?

PROFESOR: No, porque eso es fácil a nivel de la represión donde se transforma un displacer en placer. Lo dije al revés, que la represión transformara lo displacentero en placer sería un buen negocio; aunque no me equivoqué tanto, porque hay formas de la represión –Foucault ha estudiado esto a nivel social-, hay formas de represión que consisten en que sea placentero algo que es profundamente displacentero y negativo. Quizás, entonces, no me equivoqué tanto. Pero, bueno, tomemos un ejemplo, para lo que vos decís, para cotejarlo con el caso de Laurie, una adolescente de 19 años, que viene a verme, porque no puede hablar, es una chica fóbica, es una chica que tiene inhibiciones para hablar, sobre todo en situaciones de grupos grandes o de gente que no conoce, lo que no sea grupo primario, digamos, no es algo que le vaya a pasar con sus amigas, ni es algo que le va a pasar en sesión, pero sí es algo que le ocurre en grandes grupos, cosa que le produce a ella mucho malestar, no habla casi, enmudece, y aparece una fuerte angustia cuando intenta hacerlo. Pero, por lo pronto, vemos que la función hablar, está conservada; no se destruyó la boca; el pictograma boca está conservado totalmente. No hay una alteración a ese nivel. Digamos que hay una afección funcional de la boca, en ciertas situaciones, y entonces esa boca no puede hablar, pero el hablar queda conservado. Por otro lado, ¿qué descubre el análisis? Descubre que hay un conflicto para ella es un Yo Ideal de nena, de nena de la mamá, que es como su núcleo de estabilidad narcisista, y posición fálica, y el deseo de ser mujer, para la cual tendría que liquidar a la nena. La inhibición para hablar aparece en situaciones en las que queda descartado el comportarse como una nena, donde tiene que funcionar como mujer. Por eso la inhibición para hablar, abarca sobre todo los terrenos más extrafamiliares.

Allí donde ella tendrá que presentarse como mujer. O sea, que en esta inhibición para hablar habría cierta idealización de sus espacios, pero, entonces, ocurre lo siguiente: no es que no haya allí ningún placer ligado al hablar, como en el caso de Laurie, en donde se va la institutriz y se lleva un pedazo de su boca, etc., sino que más bien hay un placer prohibido de hablar.

No es lo mismo decir que no existe para ella el placer de hablar (que es el caso del autista), que decir que hay un placer prohibido, afectado por la represión, que le prohíbe ser una mujer, y que la quiere conservar en el estatuto de nena de su madre. Pero, hay una gran diferencia entre un placer prohibido que si aparece en la conciencia va a ser sufrido como displacer, como angustioso, etc., y algo en lo cual no existió placer allí, y por lo tanto, la boca se demarcó de una manera totalmente aberrante.

ALUMNA: ¿Cómo es en el caso del masoquismo donde el chico hace de algo displacentero, algo placentero, que se ve, por ejemplo, en el texto "Pegan a un niño"?

PROFESOR: Bueno, eso pertenece a otro registro, que quisiera empezar a abordar hoy que es el de la fantasía. Se puede, justamente, invertir algo como placentero a pesar de su carácter doloroso. El masoquista puede erotizar algo displacentero, mientras que esta nena fracasa en erotizar lo placentero. O sea, para una persona común, estaría ligado con lo placentero, como tocar la caca, hacer pis. Al punto con el que ustedes van con esa pregunta, apunta a una condición de fragilidad, a una limitación del pictograma que es el siguiente: cuando diferencia el objeto de la fantasía por lo mismo, que el pictograma funciona en un espacio de inclusiones recíprocas donde lo que se construye es un objeto fusional, zona objeto, boca pecho, sin ninguna conciencia Yo – no Yo, puro narcisismo; el pictograma no tiene ningún medio –descubrimiento de Winnicott- para representar el fracaso de la función, no tiene medio para representar la falla en el entorno.

Les doy un ejemplo que después voy a retomar: un chico que le pega al banco con el que se tropieza. Este chico tiene la capacidad imaginaria (porque el banco no le hizo nada), de presentarse algo del fallo en el exterior, puede echarle la culpa al banco; el banco es malo, esto es en el nivel de la fantasía, él se hace una fantasía de que el banco es malo y lo atacó. Esto es muy diferente del pictograma donde el chico ante un fallo de la función materna, no tiene ningún medio de representarse algo así como la mamá mala. Lo que después trabajó Melanie Klein a nivel de la fantasía. Para él, si algo se sufre en la boca, la boca es mala, no la madre. Tenemos el caso de una gran falla en el investimento libidinal de la boca por parte de la madre. Una madre que no le puede hacer descubrir su boca como placentera al chico. El problema para ese chico es que no puede representarse eso, como lo puede hacer un paciente neurótico adulto.

Lo único que puede sentir este chico es que su boca es mala. Si su boca sufre, su boca es mala, si en su boca no hay placer, su boca es mala. Si hay un estado de no gratificación, de mutilación de cualquier experiencia placentera, entonces, no puede hacer uso de la proyección, de echarle la culpa a otro. Lo malo, entonces, es desear. Si el deseo no le produce ninguna vivencia de satisfacción, lo único que puede hacer es librarse de eso. O sea, que pasa a promover el deseo de no desear. Pero el deseo de no desear no es una idea: "me gustaría no desear". El deseo de no desear es un acto destructivo, es tratar de amputarse el órgano de deseo. Es todo el fenómeno culminatorio que vemos en el autismo y la psicosis, de cortarse un dedo, de cortarse los genitales, etc., o de dejar de hablar, dejar de comer, etc. dejar todo un movimiento deseante. Este gran peligro del fracaso temprano de la función, es que a nivel del pictograma, se le echa la culpa al cuerpo, porque el cuerpo está fusionado: cuerpo-objeto, no se le puede echar la culpa a otra cosa que no sea el cuerpo. El chico autista no puede hacer uso de la proyección, no puede hacer como un paranoico, y decir "éste es malo, me persigue", "confabulan contra mí"; esto puede ser muy grave, pero implica otros recursos. En este nivel, si no hay placer en la constitución, por ejemplo, de la boca, entonces la boca no puede constituirse, tiende a tratar de librarse de esa boca, lo cual tiene que ver con toda la destrucción del cuerpo que se experimenta en el estado psicótico, y también, de otra forma, en el estado autista.

El gran peligro, decía yo, del fracaso de la función, es que promueva la aniquilación. No hay que olvidarse aquí de las series complementarias, porque un paso imprudente nos haría caer en un ambientalismo desaforado, nos haría decir: "todo depende de la función y nada del chico", pero no es así. Hay un punto de las series complementarias. Hay un punto constitucional, no muy bien conocido, pero de hecho, el mismo comportamiento materno que en un chico es lo suficientemente destructivo, como para provocar una respuesta autista, no provocaría la misma respuesta en otro chico. Uno de los autores que más ha trabajado sobre autismo, una psicoanalista inglesa, Frances Tustin, marca los antecedentes que se pueden ir reconstruyendo poco a poco en los chicos autistas, y observa una extrema hipersensibilidad, son chicos más sensibles que otros, por ejemplo: no respuesta amorosa. Eso mismo los vuelve mucho más expuestos. Un chico más paquidermo, menos sensibilizado, no tiene para él sentido catastrófico cierto grado de fracaso de la función. Así que el fracaso de la función no hay que tomarlo como un dato absoluto, es un dato relativo siempre a un sujeto. Sino, sería: a tal madre, tal chico autista, y de hecho no es así, porque la misma madre puede tener un chico autista, y otro que no lo es.

ALUMNO: Vos antes habías hablado de investir libidinalmente, por ejemplo, la función boca. En un chico que no come, se me ocurrió, que está investida de alguna manera, porque la función biológica sería que coma, y si no come, tendría que haber algo de él, no sé cómo llamarlo, que sucede en esa función, que hace que esa función sea resistida... ¿no habría algo natural de la función ante el ingerir alimentos?

PROFESOR: Si comprendí bien la pregunta, no es que no hay un investimiento libidinal de la boca, sino que hay un investimiento antilibidinal de la boca. Entonces, en vez de una boca, se genera una antiboca, una boca que vomita, una boca anoréxica, que no habla, etc. todo eso, no es meramente un fenómeno negativo, en el sentido de una ausencia, de un vacío, sino que es la producción de lo negativo.

En ese sentido, Bettelheim lo plantea muy bien: no es que el autista no se relacione con los objetos, que sería una forma conductista de hablar, sino que se relaciona mucho con uno, pero de manera negativa. ¿A esto apuntabas?

ALUMNO: Claro.

PROFESOR: Estoy de acuerdo. El chico autista, se vincula de manera negativa. Eso se comprende, por ejemplo, cuando le hablan a Laurie, y ella mira en el sentido opuesto a donde viene el sonido; ésta es una forma de vincularse. No es sorda, ella se vincula al interlocutor de manera negativa, poniendo, en vez de una oreja, una antioreja y una mirada se transforma en antimirada. Lo digo de esta forma un poco grosera, como en Ionesco: el antiteatro, para dar una idea de lo que ocurre. Es difícil pensar en esto, que es la posibilidad de un proceso destructivo (que Freud empezó a plantear con la pulsión de muerte). Porque lo tradicional –incluso en psicoanálisis– fue pensar que lo destructivo era sólo la ausencia de lo original. Pero, el punto, como dice Freud, es que no hay indiferencia en lo inconsciente, si algo no es positivo, es muy negativo; si no es amor, es odio. Estos prototipos de fusión o de rechazo, son como los prototipos de lo que va a ser amor u odio. Esa boca pecho de placer, es como el prototipo de lo que será el amor, y a la vez, esa boca desgarrada, separada y destruyéndose a sí misma y al pecho, será como el prototipo de lo que será luego el odio.

El problema es que pictograma está forcluido –según la expresión de Lacan–, es decir, privado de entrada simbólica con respecto al Yo. El pictograma no es recordado en un análisis. El paciente puede recordar una fantasía, un episodio de su vida, pero el pictograma no es recordable, porque es más bien, aquello con lo que se puede recordar, el cuerpo, a nivel simbólico. El pictograma y el Yo se formaron en momentos muy distintos; el pictograma en lo básico (aunque esto luego continúa), adquiere preeminencia en los primeros meses de vida.

El pictograma como retorno, tiene tres modos de retorno, de invasor –en la manera que Lacan decía de invadir, como real–, lo real aquí, es el pictograma. Un modo de retorno es lo que Alfredo Jeschinsky ha caracterizado como acción delirante en las psicosis infantiles y autismo, más tardíamente la alucinación, la experiencia delirante.

Por ejemplo, cuando Schreber dice que no tiene pulmones, habla de la destrucción de ciertos órganos, como que los pictogramas de esos órganos se han hundido, pero es una experiencia delirante, con toda su certeza hipocondríaca. Para él, eso es una realidad empírica. Otro modo de retorno del pictograma, es el pasaje al acto. Pero pensemos en modos de retorno más cotidianos: la bulimia, o sea, ese acto de comer sin placer, de comer compulsivo y sin detenerse, como tragar, donde la boca no es un órgano sino un agujero. Son verdaderos ataques.

Estos pacientes tienen un ataque de comer, que no es el goloso, el erotismo oral, es el antierotismo oral, la bulimia está acompañada de una tensión muy desagradable. El bulímico, es en realidad un anoréxico, al revés. Cuando uno analiza un paciente bulímico, descubre que en realidad detesta la comida, por lo mismo no desarrolla al respecto, ningún refinamiento. Es aquel que de repente abre algo y no para hasta que eso se vació, como para llenar un vacío, justamente algo que está agujereado. Aquí el pictograma retorna como que no tiene boca, como que no hay erotización de la boca,

entonces es un intento desesperado de erotizar lo que no tiene erotizado. Podríamos decir así: libidinalmente, el bulímico engorda de no comer, en el sentido de que no come en el sentido libidinal, traga. El comer es un acto mecánico, como una sensorialidad mecánica. Otra forma de retorno del pictograma, son las enfermedades psicosomáticas. Que no es lo mismo que una conversión. En la conversión histérica, el cuerpo es teatro de fantasías.

El síntoma histérico es la encarnación de un fantasma inconsciente. En la enfermedad psicosomática, que en cambio agujerea el cuerpo en lo real, en lo biológico (la úlcera, infarto, etc.), tienen que ver con algo fallido tempranamente, en la constitución de ciertos pictogramas. Aquí me preguntan, por qué se da ese retorno. Esa pregunta involucra, nuevamente, la repetición. Se da ese retorno, en principio, porque la repetición nunca deja de insistir en aquello que está fallido. Cada retorno, es una oportunidad de hacer algo, el delirio mismo es la oportunidad de hacer algo con un psicótico. El retorno vuelve a traer aquello que no está solucionado. La repetición insiste en la escritura de algo, que -parafraseando a Lacan- no sepa de blanco y grises, que incansablemente fracasa en inscribirse. Cada acto bulímico fracasa en volver a inscribir la boca, y cada episodio ulceroso, extendiendo la boca a todo el aparato digestivo, o cualquier experiencia hipocondríaca del orden, no tengo más boca, tengo un cáncer en la boca.

ALUMNA: ¿El pictograma no se puede extender a funciones más complejas? Yo pensaba en esto de Laurie y la madre dándole un papel para dibujar, que era una actividad que antes ella hacía, y ella encolerizándose con esto. ¿Podríamos también tomar esto, o el pictograma es sólo la función boca, odio, etc.?

PROFESOR: Yo diría que el pictograma se refiere fundamentalmente a la construcción del propio cuerpo.

Para contestar más específicamente eso, podemos decir que el pictograma no se mantiene en estado puro. Se vuelve, a su vez, material sobre el cual, se apuntalan las fantasías, todo lo que luego lo resignifica, lo toma.

Entonces, nosotros hacemos un corte arbitrario, porque además, en algunos casos clínicos, justamente eso se disocia, en un chico corriente sería muy difícil descubrir algo del orden del pictograma. Hay que buscarlo en un chico autista. Cuando todo anda bien, esto queda recubierto por lo demás. De manera que tu pregunta, habría que estudiarla sobre algún caso clínico concreto, cosa que no me he puesto a hacer.

Hay una paradoja: el mejor testimonio en la construcción del pictograma de fusión, del éxito de esta construcción, del éxito de las funciones parentales, es el olvido. El chico se olvida; no es que tiene que agradecerle a la madre, me diste la boca. Cuando el órgano se hace presente de manera perentoria, de manera demasiado dolorosa, significa que algo ha fracasado; sino todo esto queda olvidado por completo; olvidado porque está sellado por la represión originaria; y cuando viene un paciente, se ocupa de otra cosa, no se maravilla como Laurie, que se maravilla porque hace pis, porque hace caca. Laurie tiene que maravillarse de todas esas cosas, un chico de su edad que estuviese en otro trámite, saludable, o incluso con una crisis neurótica, se olvidó de esas cosas. Eso es la base. Con eso cuenta. Un cuerpo libidinizado, es su capital para moverse. Con eso habla. No hay que hablar de eso. En un chico autista, hay que hablar de eso, porque ha fracasado. ¿Se dan cuenta la diferencia?

ALUMNA: Cuando fracasa el pictograma de fusión, ¿Aparece el pictograma de rechazo?

PROFESOR: Si, yo pienso que hay que pensarlo con esa estricta correlación. Es ese orden del todo o nada que Freud marcaba como característico del inconsciente, que no se anda con medias tintas. O se produce un pictograma de fusión, donde queda esa boca placer, o se produce todo lo contrario. Por eso la sensibilidad de estos procesos de narcisismo originario.

ALUMNA: ¿Por qué se da el retorno de estas maneras?

PROFESOR: Entre otras cosas, porque hablamos en términos absolutos, pero tenemos que siempre están en juego una trama de conflictos. O sea, ningún chico autista sería abordable, si no subsistiese un hilito de movimiento espontáneo libidinal, que busca retornar. Pensemos que esta nena no habla, pero hay una esperanza de un destello de transferencia. O sea, que pensemos que estamos en términos de magnitudes relativas. Salvo en un paciente terminal que está totalmente vegetarizado, que está más allá del bien y del mal, más allá de todo acceso posible, hay que pensar esto, en términos de conflicto, este conflicto entre el Eros y el Thanatos, entre lo erótico y lo destructivo.

ALUMNA: ¿El chico autista puede recuperarse, o puede llegar a una mejoría?

PROFESOR: En niveles de tanta patología como el autismo, es peligroso una generalización. Hay que hablar caso por caso, porque además, la constelación de factores es muy compleja, por ejemplo, el factor temporal; bajo ciertos límites, uno tiene más tiempo para curar una neurosis, que para poder curar a una autista. Si tomamos un caso de autismo avanzado, ha habido un deterioro creciente; en cambio, si tomamos un autista más en los comienzos, es distinto, aquí depende, entonces, del factor temporal. Entonces, los casos de curación del autismo están asociados a esta posibilidad de intervención muy temprana; en el mejor de los casos, pienso yo, pero esto hay que verificarlo, el autismo se cura, no sin dejar una serie de cicatrices, que detrás de esa organización neurótica que presentan, hay un resto de un proceso autista que ahí se encapsuló. O sea, que puede ser que el paciente se fue curando de una cierta patología, pero no significa que no subsistan ciertas formaciones especiales, ciertas cicatrices.

ALUMNO: Una pregunta: habías hablado de que el pictograma es forcluido, pero cuando hablaste de sus elementos dijiste que eran simbólicos...

PROFESOR: Es simbólico. Si estoy diciendo nivel de escritura, forzosamente implica el nivel simbólico imaginario, sólo que en distintas capas. Esto no podría estar en un texto de anatomía patológica; está en un texto de psicoanálisis, e implica lo simbólico.

Lo que pasa es que el simbólico, es una expresión muy global. Dentro de lo simbólico, no es lo mismo hablar de un pensamiento tratado con la lógica del proceso secundario, o de una fantasía tratada con la lógica del proceso primario, o de estas primeras inscripciones, que atan un sujeto a su cuerpo.

El pictograma es extralingüístico, como afecto en el cuerpo, como afecto que se hace cuerpo. Es extralingüístico; no está al nivel de poder asirle una representación verbal, pero eso no quiere decir que sea prelingüístico. Hay una diferencia: prelingüístico es un concepto falseado, que supone que algo se constituyó totalmente ajeno al lenguaje. Extralingüístico, es algo que no es lingüístico, no hay representación verbal, pero en él intervinieron elementos lingüísticos. El pictograma es extralingüístico porque está a nivel de la actividad sensinal, pero sobre eso interviene el mito familiar, ahí está la madre con sus fantasmas, el mito familiar con sus lugares. Mucho antes que el chico sepa hablar, que sepa lo que es un nombre propio, la sonoridad del nombre propio se vuelve algo que parece formar parte de su cuerpo, y eso es un elemento verbal, sólo que está incluida de una manera muy distinta que la gramática castellana.